CARTAS.

ARGUMENTO.

La correspondencia que sigue comprende trece cartas, dirigidas una por Dion á Dionisio y las otras doce por Platon á diferentes personajes contemporáneos.

Las doce cartas de Platon se dividen de esta manera: tres á Dionisio, una á Dion, dos á los parientes y amigos de Dion, una á Aristodoro, amigo de Dion, dos á Arquitas, una á Pérdicas, una á Hermias, Erasmo y Corisco, y en fin, una á Leodamas.

Las primeras, que hacen relacion á las cosas de Sicilia y á los viajes de Platon, son las que tienen algun interés histórico; en cuanto al interés filosófico y literario á todas les falta igualmente. Bajo cualquier punto de vista que se las considere, estas cartas, áun sin exceptuar la sétima, no son en modo alguno dignas de Platon.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

CARTAS.

CARTA I.

DION Á DIONISIO, SABIDURÍA (1).

Mientras he vivido cerca de tí, asociado á tu gobierno y disfrutando más de tu confianza que todos tus servidores, soporté, sin quejarme, las más infames calumnias, porque estaba seguro de que jamás se me consideraria cómplice de semejantes iniquidades. Pongo por testigos á todos los que fueron conmigo partícipes de vuestro gobierno, y á los que más de una vez libré con esfuerzos inauditos de los más terribles castigos. Muchas veces mandé, como dueño absoluto, en vuestra capital, y héme aquí ahora arrojado más ignominiosamente que pudiera hacerse con un mendigo, y desterrado por vuestras órdenes más allá de los mares, despues de haber pasado tan gran parte de mi vida á vuestro lado. Tengo ya tomada mi resolucion; viviré en lo sucesivo léjos de los hombres, y tú, vil tirano, quedarás sólo. En cuanto á la magnífica suma de dinero que me has enviado para mi viaje, te la devuelvo por Baquio, portador de esta carta. Insuficiente

(1) Segun Cousin εὖ πράττειν significa ser sabio y ser feliz, mientras que la fórmula acostumbrada, χαίρειν, expresa solamente un deseo de felicidad; así que al comienzo de todas las cartas, traduce felicidad y sabiduria. Véase el principio de la carta tercera.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

para un camino tan largo é inútil para satisfacer mis necesidades, no produciria otro resultado que tu deshonor al dármela y el mio al aceptarla, y por esto la rechazo. ¿Qué te importa á tí dar ó recibir semejante suma? Tómala, pues, y haz con ella un agasajo á cualquiera de tus amigos. En cuanto á mí, me considero suficientemente recompensado, y quizá llegue el caso de repetir el verso de Eurípides y decir que si la fortuna llega á mudar,

Desearás tener un hombre, tal como yo, á tu lado (1).

Recuerda, te lo suplico, que la mayor parte de los demás poetas trágicos, cuando hacen morir un rey bajo el puñal de un traidor, no dejan de poner estas palabras en su boca:

¡Desgraciado! muero porque no tengo amigos (2).

Pero ninguno de ellos nos ha presentado un rey pereciendo por falta de dinero. Hé aquí otro pasaje que ha merecido siempre la aprobacion de los hombres sensatos,

Ni el oro deslumbrador, tan raro en esta vida mezquina,
Ni el diamante, ni los lechos de plata que tanto precio tienen á los ojos de los hombres,
Ni las vastas llanuras cubiertas y cargadas de frutos:
Valen tanto como la identidad de los hombres de bien en un mismo pensamiento (3).

A Dios. Recuerda siempre el mal comportamiento que has tenido conmigo, para que te conduzcas mejor con los demás.

---

(1) Este verso pertenece á los fragmentos de las obras de Eurípides, y no á ninguna de las piezas completas que han llegado á nosotros.

(2) Autor desconocido.

(3) Autor desconocido.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

CARTA II.

PLATON Á DIONISIO, SABIDURÍA.

Arquidemo me ha hecho presente tus intenciones: es preciso, dices, que en lo sucesivo yo y mis amigos permanezcamos en la inaccion, y cesemos de hablar y de obrar contra tí; sólo exceptúas á Dion. Esta excepcion deja ver claramente que no ejerzo ninguna influencia sobre mis amigos, porque si la ejerciére sobre ellos, sobre tí y sobre Dion, seriais todos vosotros y los demás griegos más dichosos que lo sois actualmente; yo os lo aseguro. Por lo demás, si yo supero á todos, es porque me dejo conducir por la razon. Dígote esto, porque Cratístoles y Polixenes sólo te han referido falsedades. Se dice, que uno de ellos oyó á los que estaban conmigo en los juegos olímpicos cosas injuriosas para tu persona, y es preciso confesar que muy sutil debe ser su oido, cuando yo no oí nada. En lo sucesivo, si sigues mi consejo, cuando acusen á alguno de los mios, debes escribirme y preguntarme en la seguridad de que sin retardo y sin miramiento alguno te diré la verdad. Hé aquí nuestra posicion respectiva. No creo que haya un griego que no conozca, ni hay nadie que no hable, de nuestra amistad. Tampoco puedes dudar, que la posteridad hablará igualmente, á causa de los hombres á quienes esta amistad une, del tiempo que ha durado y del ruido que ha metido. ¿Y á qué se encaminan estas palabras? Voy á explicártelo, tomando las cosas de más atrás.

La naturaleza quiere que la sabiduría y el soberano poder se reunan, y así es que se siguen uno á otro, se buscan y concluyen por amalgamarse. Por lo tanto, es un

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

placer para los hombres ocuparse de ella, y gustan hablar y oir hablar de semejante union, lo mismo en las conversaciones particulares que en las obras de los poetas. Por ejemplo, si se habla de Hieron y de Pausanias el Lacedemonio, hay una complacencia en recordar la amistad que tuvieron con Simónides, lo que éste hizo por ellos y lo que les dijo. Hay costumbre de celebrar á la par á Periandro de Corinto y á Tales de Mileto, á Pericles y Anaxágoras, á los sabios Creso y Solon y al poderoso Ciro. Los poetas, siguiendo esta costumbre, mezclan en sus cantos á Creonte y Tiresias, Polinides y Minos, Agamemnon y Nestor, Ulises y Palamedes, y si no me engaño, los primeros hombres no han tenido otra razon para juntar á Júpiter y Prometeo. Cantan sus héroes, presentándonoslos ya unidos por la amistad ó separados por el odio, tan pronto amigos como enemigos, ó amigos en un punto y enemigos en otro.

Si te refiero todas estas cosas, es para hacerte ver, que despues de nuestra muerte no se cesará de hablar de nosotros, y que no debemos perder esto de vista. Es nuestro deber preocuparnos del porvenir, porque la naturaleza ha querido que sólo sea indiferente al esclavo, mientras que el hombre libre y bien nacido debe hacer los mayores esfuerzos para dejar á la posteridad una reputacion sin tacha. Esto me demuestra que los muertos conservan algun sentimiento de lo que pasa en la tierra, las almas buenas lo presienten, las malas lo niegan; ¿y no debe tenerse más fe en los presagios de los hombres divinos que en los de los hombres malos? No dudo que los hombres célebres, que acabamos de nombrar, si pudieran corregir las relaciones que entre ellos hubo, harian los mayores esfuerzos para dejar á la posteridad un mejor recuerdo de sí que el que nos han legado. En cuanto á nosotros, si hemos cometido algunas faltas en nuestras precedentes relaciones, tenemos tiempo, gracias á Dios, para reme-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

diarlo con nuestras lecciones y nuestros discursos. Porque la filosofía, me atrevo á decirlo, será más estimada, si nos conducimos nosotros de una manera digna; y quedará rebajada en el caso contrario. ¿Qué cosa más santa ni que indique mayor piedad que proteger la filosofía, ni qué impiedad mayor que despreciarla? Te diré, pues, lo que debemos hacer y lo que espera la justicia de nosotros.

Llegué á Sicilia gozando la reputacion de ser el primer filósofo de este tiempo, y estando en Siracusa creí encontrar en tí un testigo dispuesto á reconocer esta preeminencia, para que la filosofía, representada por mí, fuese honrada por la multitud. Pero mis deseos no se vieron cumplidos. ¿Por qué? No me haré eco de acusaciones odiosas, pero te diré, que tú no mostrabas tener confianza en mí, que deseabas que yo volviera á mi país, para reemplazarme con otros; y tenias trazas de querer sondear mis intenciones movido por un sentimiento de desconfianza; por lo ménos, así lo creo. No faltaban gentes que decian públicamente que desdeñabas mis consejos, y que eran otros cuidados los que te ocupaban; por lo ménos este era el juicio público. En cuanto á tu pregunta de cómo debemos conducirnos el uno respecto del otro, escucha ahora la marcha que deberemos seguir. Si desprecias completamente la filosofía, no hay más que hablar; si has aprendido otra ó si tú mismo has descubierto una mejor que la mia, que sea bienvenida; pero si estás satisfecho de mis lecciones, es preciso que se me haga la justicia que me es debida. Hoy, como en los primeros tiempos, marcha delante; yo seguiré tus pasos. Honrado por tí, yo te honraré; privado de los honores que me son debidos, guardaré silencio. Piensa bien en ello; honrándome á mí honras á la filosofía, y obtendrás entre la multitud la reputacion de filósofo, que es el objeto de tu ambicion. Pero, si por el contrario, yo te honrase á pesar de tus desaires, pasaria por un hombre que ama y busca las rique-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

zas, y ya sabemos cuán odiosa es semejante calificacion. En suma, si tú me honras, será una gloria para tí y para mí; y si yo te honrase solo, seria una vergüenza para ambos. Hé aquí lo que tenia que decirte sobre este punto.

La pequeña esfera no es exacta; Arquidemo te lo hará ver á su vuelta.

En cuanto á la cuestion, mucho más grave y en cierta manera divina, sobre que le has encargado que me consulte, queda de su cargo explicártelo. Segun manifiesta, tú no estás contento de las razones que yo he expuesto sobre la naturaleza del primer sér. Voy por lo mismo á tratarla de nuevo, pero valiéndome del enigma, á fin de que si esta carta, por desgracia se extravía por mar ó por tierra, el que la lea no pueda conocer su verdadero sentido. La cuestion es la siguiente.

En torno del rey de todas las cosas están todas las cosas; es el fin de todo lo que existe y el principio de todo lo que es bello. Lo que es de segundo órden está en torno de los segundos principios, y lo que es del tercer órden está en torno de los terceros principios. El alma humana desea con ardor penetrar estos misterios, y para llegar á conseguirlo, echa una mirada sobre todo lo que se parece á ella, y no encuentra absolutamente nada que la satisfaga. En cuanto al rey y á lo demás de que he hablado, no hay nada que se les parezca. Lo que viene despues, está al alcance del alma.

¿Cómo responder, ¡oh, hijo de Dionisio y de Doris! á tu pregunta, de cuál es la causa del mal en general? El alma se atormenta con su ignorancia, y mientras no se vea libre de ella, ningun medio tiene para descubrir la verdad. Sin embargo, un dia que nos paseábamos en tus jardines á la sombra de los laureles, me dijistes que habias resuelto este problema sin el auxilio de nadie. Yo te respondí, que si habias conseguido convencerte, eran muchos los discursos que me ahorrabas, como que jamás

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

habia encontrado á nadie que hubiese hecho este descubrimiento, que me habia costado á mí largas vigilias. Quizá has oido razonar sobre estas materias, y de esta circunstancia feliz habrán procedido tus primeras ideas. Sin embargo, ninguna prueba demostrativa me dabas, como lo habrias hecho si hubieras estado bien seguro de tí mismo, sino que te dejabas llevar á derecha é izquierda en alas de tu imaginacion. No es así como se ventila una cuestion de tanta gravedad. Por lo demás, no eres el único á quien esto ha sucedido. Todos los que me han escuchado por primera vez han experimentado la misma dificultad, unos más, otros ménos; pero no hay ninguno que sin grandes esfuerzos haya abordado este estudio.

Supuesto esto, tengo la conviccion de haber encontrado respuesta á lo que exigias de mí de cómo deberemos conducirnos el uno con el otro. Examina, uniéndote á quien quieras, mis principios, considerándolos sea en sí mismos, sea en comparacion con los de los demás, y si este exámen resulta bien hecho, necesariamente los adoptarás y serás de mi opinion. ¿Cómo no puede ser así lo mismo en este punto que en todo lo demás? Has hecho muy bien en enviarme á Arquidemo. Cuando á su vuelta te haya dado razon de mis respuestas, surgirán quizá nuevas dudas en tu espíritu. Entónces me le vuelves á enviar, y á su vuelta irá bien provisto de amplias explicaciones. Si le obligas á que haga este viaje dos ó tres veces, y si examinas con cuidado lo que yo te comunicaré, me sorprenderá mucho que tus dudas no se vean reemplazadas por las nociones más claras y más ciertas. Animo, y arregla vuestra conducta segun mis consejos. Jamás emprenderás ninguna expedicion, jamás Arquidemo hará un negocio más precioso ni más agradable á los dioses. Pero procura que estas doctrinas no lleguen á ser conocidas por los ignorantes, porque creo que no hay doctrina más ridícula

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

que ésta á los ojos del pueblo, así como no hay otra que más agrade á los hombres bien nacidos, ni que excite más vivamente su entusiasmo. Esta doctrina es preciso meditarla muchas veces, estudiarla sin cesar, porque, como el oro, no se purifica sino despues de largos años y grandes trabajos. Pero escucha lo que hay en esto de sorprendente; hay hombres, muchos en número, gentes de entendimiento, dotados de feliz memoria y de un juicio seguro y penetrante, avanzados en edad y conocedores de esta doctrina hace ya cuando ménos treinta años; pues bien; estos hombres aseguran que lo que en otro tiempo les parecia increible, es al presente para ellos lo más digno de fe y muy cierto, y que lo que les parecia indudable no tiene á sus ojos ninguna certidumbre. Teniendo en cuenta estos hechos, no pierdas la paciencia ni te disgustes porque hasta ahora no hayan tenido buen éxito tus indagaciones. Ten cuidado sobre todo de no escribir nada en estas materias, porque es preciso encomendarlo todo á la memoria, pues el papel en que se hacen apuntes, puede desaparecer. Por esto yo nunca he escrito nada, y no hay ni habrá jamás obras de Platon; las que se me atribuyen son de Sócrates, cuando era jóven. Adios, atiende mis consejos; y despues que hayas leido y releido esta carta, arrójala al fuego.

Basta sobre este punto. Extrañas, que no te haya enviado á Polixenes, pero mi opinion sobre él, sobre Licofron y los demás filósofos que están cerca de tí, no ha mudado ni mudará; y es que en la dialéctica ninguno de ellos puede, ni por el talento natural, ni por el arte y el método, compararse contigo, y si ceden y se reconocen vencidos, no lo hacen voluntariamente, como algunos imaginan, sino que lo hacen muy á pesar suyo. Creo que has sacado de ellos todo el partido posible, y que les has enriquecido con tus liberalidades. No diré más, y lo dicho es demasiado sobre semejantes gentes. Si Filistion va á

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Sicilia, utilízale como igualmente á Spensipe, que harás que vuelva acá; éste tiene un servicio que reclamar de tí. Respecto á Filistion me ha prometido venir en seguida á Atenas, si tú se lo permites. Has hecho bien en sacarle de las minas, y es necesario que me interese contigo para que mires por sus amigos y por Hegesipo, hijo de Ariston, puesto que me has escrito que como llegues á saber que se hace la menor injusticia á alguno de ellos no lo sufririas. Es preciso hacer justicia á Lisiclides; es el único de los que han ido de Sicilia á Atenas, que da razon de nuestra amistad sin faltar á la verdad; no cesa de hablar de ella en términos favorables y altamente honrosos para nosotros.

CARTA III.

PLATON Á DIONISIO, ¡FELICIDAD!

¿Será esta la mejor fórmula de que pueda servirme? ¿Será preferible á la de la *sabiduría*, que es la que acostumbro á poner cuando escribo á mis amigos? Tú mismo, si hemos de dar crédito á los que se hallaban presentes, has dirigido en Delfos la primera de estas fórmulas al dios, para serle agradable, y hecho grabar, segun se dice, la inscripcion siguiente:

Sed dichoso, y consérvame la dulce vida de un tirano.

Pero yo, por el contrario, jamás hablaria así á un hombre, y mucho menos á un dios. Esto seria desconocer la virtud divina, que no está sujeta al placer ni al dolor, y desconocer la naturaleza humana, puesto que muchas veces el placer nos causa tanto daño como el dolor, engendrando en el alma la dificultad de aprender, el ol-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

vido, la necedad y la violencia. Pero basta ya de cumplimientos; reflexiona lo que acabo de decir, y escoge en seguida la fórmula que te agrade.

Ha llegado á mis oidos por mil conductos, que decias á los enviados cerca de tu persona, que habias tenido intencion de restablecer las ciudades griegas de Sicilla, y de aligerar el yugo de Siracusa, sustituyendo con el gobierno real el gobierno tiránico, pero que te habia impedido yo realizar este proyecto, á pesar del vivo deseo de llevarlo á cabo que tenias; que hoy invito á Dion á que lo haga; y que de esta manera uno y otro nos valemos de tus propias ideas para arruinar tu poder. A tí te toca juzgar si semejantes dichos pueden serte de alguna utilidad; pero de todos modos, eres injusto para conmigo diciendo como dices lo contrario de la verdad. Filístides y otros muchos han esparcido calumnias contra mí entre los mercenarios y pueblo de Siracusa; viví contigo en la ciudadela, y esto sólo bastó á los que estaban de la parte de fuera, para atribuirme todas las faltas de tu administracion, porque suponian y aseguraban que tú obrabas sólo guiado por mis consejos. Sabes muy bien que me mezclé muy raras veces en los negocios, y eso contra mi voluntad. Y áun sólo lo hice al principio, cuando tenia esperanza de ser útil, y limitándome á hacer los preámbulos de las leyes, exceptuando lo que tú y algun otro añadiais, porque he sabido que posteriormente se han hecho interpolaciones que no dejarán de llamar la atencion á los que están en disposicion de reconocer mi manera de pensar y de escribir. No podia ser calumniado más amargamente que lo que he sido entre los siracusanos y entre todos aquellos que son crédulos, y así siento en mí una imprescindible necesidad de justificarme contra la primera acusacion, así como contra la última, que es la más grave y la más odiosa. Puesto que el ataque es doble, es preciso que divida mi defensa. Demostraré primero que he huido

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

siempre, como debia hacerlo, de tomar parte en los negocios públicos; y en segundo lugar, que jamás has encontrado en mis consejos obstáculos á tu proyecto de restablecer las ciudades griegas. Escucha ante todo mi respuesta sobre el primer punto.

Fuí á Siracusa cediendo á tus instancias y á las de Dion. Hacia largo tiempo que Dion estaba unido á mí por los lazos de la hospitalidad, y le queria entrañablemente. Gozaba Dion de esa madurez y fuerza que dan la edad y que todo hombre sensato reconoce como necesarias en los que se proponen dirigir negocios tan difíciles, como eran entonces los tuyos. Tú, por el contrario, estabas en la primera juventud, no tenias ninguno de los conocimientos que necesitabas, y yo no te conocia. Poco tiempo despues, por una desgracia que no sé á quién atribuir, si á un dios, si á un hombre ó si al destino, Dion fué desterrado, y tú quedaste solo. ¿Crees que entónces pude tomar parte en los negocios, cuando me ví privado de mi sabio amigo, y cuando tenia delante de mis ojos al imprudente que habia quedado rodeado de una porcion de hombres corrompidos y dominado por ellos con la ilusion de creer que les mandaba? En tales circunstancias, ¿qué conducta debia yo seguir? ¿Podria ser otra que la que observé? Debia retirarme enteramente de los negocios públicos, para librarme de la calumnia de los envidiosos, y trabajar con todas mis fuerzas en reconciliarte con Dion, haciendo que cesara la division que os tenia alejados al uno del otro, y yo te pongo por testigo del celo constante que desplegué en esta empresa. Por último, convinimos en que volviese yo á mi patria y permaneciese allí hasta el fin de la guerra que tú habias comenzado, pero que, una vez hecha la paz, volveria con Dion á Siracusa, cuando nos llamases. Hé aquí lo que pasó durante mi primera estancia en Siracusa hasta mi vuelta á Grecia. Cuando se hizo la paz, me escribiste para que

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

volviese, no con Dion como habiamos convenido, sino solo, diciéndome que le llamarias más tarde. Esto me impidió ir á Siracusa, y por ello me censuró Dion, que creia más razonable que partiera y obedeciera tus órdenes. Un año despues me enviaste una galera con cartas tuyas, cuyo principal objeto parecia ser, que si llegaba á irme contigo, los negocios de Dion tomarian el giro que yo deseaba, pero que si dilataba mi ida, se perderian sin remedio. Me ruboriza, al llegar aquí, recordar la infinidad de cartas que llegaron de Italia y de Sicilia de tí y de otros muchos, dirigidas á no sé cuantos parientes y amigos mios, estrechándome todos con instancia á que cediera á tus ruegos y partiera inmediatamente. Todos mis amigos, y Dion el primero, fueron de dictámen que debia embarcarme sin dilacion. Yo me excusé con la edad, y quise convencerles de que tú no tendrias fuerza para resistir á los que sembrasen calumnias contra mí é inventasen medios de dividirnos, porque há largo tiempo que he observado y observo ahora, que las grandes y excesivas fortunas de los particulares y de los reyes alimentan una multitud de calumniadores y de cortesanos, tan peligrosos como mañosos, y cuyo número es tanto mayor cuanto más grande son las fortunas mismas, siendo este el mayor mal que producen el poder y la riqueza. Sin embargo y á pesar de todo esto, me presenté en Siracusa no queriendo que ninguno de mis amigos me acusara de haber perdido sus negocios por mi cobardía, cuando estaba en mi mano salvarlos.

Despues de mi llegada no ignoras lo que pasó. Desde luego pedí, que en virtud de la promesa que repetidas veces me habias hecho en tus cartas, llamases á Dion y le volvieses tu antigua amistad. ¡Ojalá que hubieras seguido mis consejos! porque si no me dejo llevar de falsos presentimientos, habrias asegurado tu felicidad, la de Siracusa y la de toda la Grecia. Pedí despues que la admi-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

nistracion de los bienes de Dion se confiase á sus parientes, sacándola de las manos de los encargados que tú sabes. Quise tambien que la suma de dinero, que acostumbrabas á pasarle todos los años, continuara remitiéndose, y que léjos de que mi presencia en Siracusa influyera para rebajársela, debias creerte comprometido más bien á aumentarla. No pudiendo obtener nada, determiné retirarme. Pero me invitaste á permanecer un año más, asegurándome que Dion no perderia nada de su fortuna, porque le enviarias la mitad á Corinto, donde se hallaba, y dejarias la otra mitad á su hijo. Podria citar otras muchas promesas que me hiciste, y que no cumpliste fielmente, pero seria muy largo de contar. Has hecho vender todos los bienes de Dion sin su consentimiento, que habias prometido esperar, poniendo así, hombre admirable, el colmo á la perfidia de tus promesas, y valiéndote de una maniobra tan desleal como vergonzosa, tan injusta como inútil, probando á aterrarme como si ignorara todo lo que pasaba, para que así cesase de reclamar el envio de los bienes de Dion á su dueño. En fin, cuando despues del destierro de Heráclides, que me pareció injusto, como á todos los siracusanos, me uní á Teodoto y á Euribio para obtener tu perdon, aprovechando esta ocasion como un excelente pretexto, me echaste en cara mi falta de celo por tus intereses y el muy eficaz que tenia por Dion, por sus parientes y amigos, y añadiste que, á pesar de la acusacion que pesaba sobre Teodoto y Heráclides, bastaba que fuesen amigos de Dion para que yo me esforzase por todos los medios en procurarles la impunidad. Hé aquí la parte que he tomado en tu gobierno. Y despues de esto, ¿podrás extrañar que mis prevenciones respecto á tí hayan variado? ¿No habria pasado á los ojos de las personas sensatas por un hombre corrompido, si, alucinado por tu grandeza y tu poder, hubiera hecho traicion á un amigo antiguo, á un huesped mio, cuya

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

desgracia es obra tuya, y que, en suma, en nada es inferior á tí, para echarme en brazos de su perseguidor y someterme á sus caprichos, sin otro motivo evidentemente que el atractivo de tus riquezas, porque nadie hubiera atribuido mi cambio á otra causa? Tales son los sucesos que, gracias á tí, han sembrado entre nosotros la desconfianza y la division.

He llegado insensiblemente á la segunda parte de mi apología. Mira y examina con cuidado si en lo que voy á decir me separo en nada de la verdad. Estábamos un dia en tu jardin, hallándose presentes Arquidemo y Aristocrito, como veinte dias poco más ó ménos ántes de mi salida de Siracusa, cuando me dijiste lo que repites hoy, que tenia más ciudado por los intereses de Heráclides y de sus amigos que por los tuyos, En seguida me preguntaste, en presencia de los que he nombrado, si me acordaba de haberte aconsejado en los primeros tiempos de mi llegada el restablecimiento de las ciudades griegas. Te respondí que me acordaba perfectamente, y que aún aprobaba el proyecto. Es preciso hablar claro, Dionisio; en el curso de nuestra conversacion te pregunté si habia sido ese solo el consejo que habias recibido de mí, y si no te habia dado otros. Al oir estas palabras, enfurecido tú y deseoso de injuriarme (esta escena tan viva no es sin duda más que un sueño hoy en tu memoria) dijiste riéndote á carcajada y burlándote de mí, si mal no recuerdo: «Sí, me mandabas hacer y deshacer como si fuera un escolar.» Te respondí que tenias muy buena memoria.—Y tú continuaste: «sí, como á un verdadero escolar á quien se enseña la geometría; ¿no es así?»—Contuve la respuesta que tenia en los labios, por temor de que una palabra imprudente me privase del permiso de partir, que esperaba obtener. Pero hé aquí para qué traigo á cuenta todo esto: cesa de calumniarme, diciendo que yo me he opuesto al restablecimiento de las ciudades griegas arruinadas por los bárba-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

ros, y á que sustituyeras en Siracusa con la monarquía el gobierno tiránico. Es imposible que pudieras atribuirme una falsedad, que esté más en pugna con mis principios. Si hubiese un tribunal competente para juzgarnos, yo suministraria pruebas más claras aún y más convincentes de que yo he sido el que te he dado este consejo, y tú el que no ha querido seguirle; como que era muy sencillo demostrar hasta la evidencia las grandes ventajas que la ejecucion de este proyecto debia producir para tí, para Siracusa y para toda la Sicilia. Si pretendes no haber tenido conmigo las conversaciones que realmente han mediado, tengo medios para confundirte. Si convienes en ellas, no tienes más que seguir el sabio ejemplo de Estesícoro en su palinodia, y sustituir con la verdad la mentira.

CARTA IV.

PLATON Á DION DE SIRACUSA, SABIDURÍA.

Creo no haber cesado un instante de dar pruebas del interés que tomo en los sucesos que se realizan y haber puesto todo mi cuidado en que lleguen á feliz desenlace, movido únicamente por el deseo de la gloria que sigue á las buenas acciones; porque creo que es justo que los que son verdaderamente hombres de bien y obran como deben, sean honrados segun su mérito. Al presente todo va bien, pero el porvenir nos reserva una lucha más difícil. Pueden contentarse ciertos hombres con el valor, con la ligereza, con la fuerza; pero los que se ven poseidos de tu ambicion deben mirar como cuestion de honra el hacerse superiores á todos los demás por el amor á la verdad, por

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

la justicia, la grandeza de alma y la dignidad que acompaña generalmente á todas estas virtudes. Estas verdades son evidentes, pero no olvidemos que ciertas personas (ya sabes de las que quiero hablar) deben elevarse por encima de todos los hombres, como éstos lo están por encima de los niños. Es preciso que vean todos con claridad que nosotros somos verdaderamente lo que pretendemos ser; y con ayuda de Dios, esto no será muy difícil. Los demás tienen necesariamente que andar errantes de país en país, si quieren darse á conocer; pero tú tienes la suerte feliz de que toda la tierra, si puede decirse así, tiene vueltos los ojos hácia un solo y mismo punto, y en este punto sólo en tí se fijan. Preocupados universalmente los ánimos contigo, es un deber tuyo rivalizar con el antiguo Licurgo, con Ciro, con todos aquellos que se han distinguido por sus virtudes y las instituciones que han creado. Tanto más, cuanto que gran número de gentes, y aquí todo el mundo casi, presagian que, muerto Dionisio, va á ser Siracusa víctima de tu ambicion, de la de Heráclides, de Teodoto y de los grandes en general. ¡Ojalá ninguno de vosotros se deje arrastrar por esta pasion! Y si alguno se muestra poseido de ella, á tí te toca curarle, consultando el interés comun. Quizá te reirás al oirme usar este lenguaje, porque no ignoras ninguna de estas cosas, pero en el teatro los niños excitan el ardor de los atletas; ¿y por qué no han de acogerse los consejos de los amigos, cuando se sabe que son inspirados por el celo y por el cariño? Combatid ahora con valor, y si os falta alguna cosa, escribidme.

Aquí despues de tu partida no ha habido ninguna alteracion. Escribidme lo que habeis hecho y lo que haceis ahora, porque en medio de tantos rumores, no sabemos nada. Llegan cartas de Teodoto y de Heráclides á Lacedemonia y Egina; pero como acabo de decirte, nosotros nada sabemos. Es preciso que sepas, que en la opinion de mu-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

chos, no eres tan afable como convendria que lo fueras. Ten presente que el agradar á las gentes es un medio de salir bien en los negocios, y que el orgullo tiene la soledad por compañera.

Deseo que seas feliz.

CARTA V.

PLATON Á PÉRDICAS, SABIDURÍA.

He aconsejado á Eufreo (1), conforme á los deseos que me manifestaste en tu carta, que continúe ocupándose con celo de la administracion de tus negocios. Justo es, puesto que nos unen los sagrados lazos de la hospitalidad, que yo te dé á tí todos los consejos que me pidas, y que te manifieste el partido que puedes sacar de Eufreo. Es un hombre que te será útil en muchos conceptos, sobre todo por los buenos consejos que puede darte, que tan necesarios son en tu edad, y que son tanto más de estimar cuanto que son pocas las personas capaces de hacer igual servicio en esta materia. Sucede con los gobiernos lo que con los animales: cada uno tiene su lenguaje, uno la democracia, otro la oligarquía, otro la monarquía. Todos creen saber estos diferentes lenguajes, si bien son pocos los que están realmente en estado de comprenderlos. Todo gobierno, que hable el lenguaje propio de su constitucion en sus relaciones con los dioses y con los hombres y que arregla su conducta á este lenguaje, florece y se conserva, mientras que si imita el lenguaje de otro gobierno, su ruina es infalible. Bajo este punto de vista, Eufreo no te será de escasa utilidad, siendo de notar que su mérito se extiende á

(1) Personaje desconocido.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

todas las demás cosas; y estoy persuadido de que desenvolverá los principios del gobierno monárquico tambien como las personas que te rodean. Sus servicios en este punto te serán muy útiles, y tú á la vez puedes tambien prestárselos.

Quizá si me oyese alguno hablar de esta manera, diria: Platon al parecer tiene la pretension de saber lo que conviene á un gobierno democrático, y cuando se han presentado mil ocasiones de hablar al pueblo y de darle excelentes consejos, jamás se ha levantado, jamás ha pedido la palabra. A esto puede responderse, que Platon ha venido tarde á su patria, que ha encontrado ya el pueblo viejo, habituado por una larga práctica á hacer cosas contrarias á los consejos que habria podido darle. Hubiera sido para él una fortuna inmensa hacer bien á este pueblo, como si fuera su padre, pero comprendió que era exponerse á un peligro inútil y sin esperanza de éxito. De nada habrian servido mis consejos, porque cuando un mal es incurable, los consejos no producen efecto alguno ni sobre el enfermo ni sobre la enfermedad.

CARTA VI.

PLATON Á HERMIAS, ERASTO Y CORISCO, SABIDURÍA.

Se diria que una divinidad propicia os habia provisto abundantemente de todos los elementos de felicidad, si supierais sacar partido de ellos. Vuestras viviendas están contiguas, y esto os proporciona la felicidad de prestaros recíprocamente los mayores servicios. Hermias jamás encontrará, ni entre sus caballos, ni entre los demás objetos que reclama la guerra, ni en el oro, nada que pueda compararse con amigos firmes y de intachables costum-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

bres. Erasto y Corisco poseen la hermosa ciencia de las ideas; pero, permítase á un anciano decirlo, les falta la ciencia de defenderse contra los malos y los injustos, y el poder de rechazar el ultraje, que es la ciencia del mundo. No tienen experiencia, toda vez que han pasado una gran parte de su vida cerca de nosotros, que somos moderados y estamos exentos de malicia. Por esta razon digo, que tienen necesidad de que se les preste auxilio para que no se vean precisados á despreciar la verdadera sabiduría, y para que consagren un tiempo precioso á aprender la ciencia del mundo, sin la que es difícil pasar la vida. Este vacío que se nota en ellos no le tiene Hermias, á mi parecer, por haber recibido esta ciencia práctica como un don de la naturaleza y tambien merced al arte que posee como fruto de su experiencia.

¿Qué quiero decir con esto? Con respecto á tí, Hermias, como yo conozco mejor que tú á Erasto y Corisco, afirmo, declaro y atestiguo, que no seria fácil encontrar hombres más dignos de confianza que tus vecinos; y si sigues mis consejos, procurarás unirte á ellos en todos conceptos, bien convencido de que semejante proceder importa mucho á tu felicidad. Y á vosotros, Corisco y Erasto, recíprocamente, os aconsejo que os unais á Hermias, y que os esforceis por uniros todos mediante los lazos de una mútua amistad. Y si alguno de vosotros se mostrase infiel, porque ninguna cosa humana es sólida, escribidme á mí ó á mis amigos, denunciándolo, y tengo la confianza de que nuestros discursos justos y moderados, si vuestra disidencia no es muy grave, renovarán mejor que los encantamientos vuestras antiguas relaciones y os volverán á vuestros primeros sentimientos de afeccion. Seamos verdaderamente filósofos, apliquémonos con todas nuestras fuerzas al estudio de la sabiduría, y mis predicciones se realizarán. Si obramos de otra manera, más me vale callar, porque quiero ser un adivino de buen agüero y no

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

decir nada que no sea favorable. Espero, pues, que haremos todas las cosas como conviene hacerlas con el auxilio de Dios.

Es preciso que leais esta carta todos tres juntos, ó por lo ménos dos á la vez, que la leais cuantas veces sea posible; que os unais por una promesa, por una ley soberana, como es justo; y que jureis dedicaros al culto de las Musas y á todos los ejercicios que convienen á este culto, tomando por testigo á Dios, que es señor de todo, del presente y del porvenir, así como al soberano padre de este Dios, de esta causa, que si algun dia nos hacemos verdaderos filósofos, conoceremos todos tan claramente como es dado al genio del hombre.

CARTA VII.

PLATON Á LOS PARIENTES Y AMIGOS DE DION, SABIDURÍA.

Os habeis propuesto en vuestra carta convencerme de que abrigais los mismos propósitos que Dion, y me invitais á que me asocie á vuestros designios con todo mi poder de palabra y de hecho. Si realmente participais de las ideas y proyectos de Dion, podeis contar conmigo; de lo contrario, tengo necesidad de pensarlo. ¿Cuáles eran estas ideas y estos proyectos? No los conozco por meras conjeturas, sino que tengo de ellos un conocimiento exacto. Cuando fuí la primera vez á Siracusa, Dion tenia como cuarenta años, la misma edad que tiene hoy su hijo Hiparinos, y desde aquel momento tuvo el pensamiento, que jamás ha abandonado, de hacer libres á los siracusanos y darles sábias leyes. No me sorprenderia que alguna divinidad haya inspirado el mismo pensamiento político al es-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

píritu del hijo. ¿Cómo Dion habia llegado á formar este proyecto? Vale la pena de que lo sepan jóvenes y ancianos, y os lo voy á referir desde su principio, puesto que las presentes circunstancias hacen que sea muy oportuna esta historia.

Siendo jóven, incurrí en los mismos errores en que incurren la mayor parte de los jóvenes. Me lisonjeaba la idea de que el dia que llegara á ser dueño de mis acciones, tomaria parte en la cosa pública. La situacion en que en aquellos momentos se hallaba el Estado era la siguiente. Como habia un gran número de descontentos, se hizo necesario un cambio, y á la cabeza de esta revolucion se pusieron cincuenta y un magistrados, once en la ciudad, diez en el Pireo para la direccion de los negocios de la plaza pública y de la administracion civil, y los treinta restantes se encargaron del poder soberano. Algunos de mis parientes y de mis amigos eran del número de estos últimos, y me llamaron muy pronto para que desempeñara funciones que creian que me convenian. Lo que me sucedió, nada tiene de extraño, si se tiene en cuenta mi juventud. Creia que estos hombres gobernarian el Estado, haciéndole pasar de las vías de la injusticia á las de la justicia, y en este concepto no perdia de vista ni sus personas, ni sus acciones. Pero hé aquí con lo que me encontré apenas ocuparon el poder. El gobierno anterior, comparado con el suyo, parecia una verdadera edad de oro. Entre otras fechorías mandaron á Sócrates, mi anciano amigo, á quien no temo proclamar el más justo de los hombres de este tiempo, que fuera con algunos otros á apoderarse por la fuerza de un ciudadano que habian condenado á muerte, queriendo de esta manera que Sócrates se hiciera su cómplice, quisiera ó no quisiera. Pero Sócrates no obedeció, prefiriendo exponerse á todos los peligros ántes que asociarse á sus crímenes. En vista de todos estos desórdenes y de otros hechos igualmenre odio-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

sos, me alejé indignado, para no ser testigo de tantas desgracias.

Poco tiempo despues los treinta cayeron, y con ellos las instituciones que habian establecido. Entónces, aunque con ménos vivacidad, se despertó en mí de nuevo el deseo de mezclarme en los negocios y en la administracion pública. Pero en esta época, como en todos los tiempos de revolucion, pasaron cosas deplorables; y no hay que extrañar que en medio de tales desórdenes, el espíritu de partido conduzca algunas veces á violentas venganzas. Sin embargo, es preciso confesar, que los emigrados restituidos á su país mostraron en su mayor parte mucha moderacion. Pero hé aquí, que no sé por qué nueva fatalidad algunos hombres se valieron de su crédito para llevar ante los tribunales á Sócrates, mi amigo, acusándole de los más negros crímenes, de aquellos de que era ménos capaz. Le acusaron de impiedad, y los demás condenaron é hicieron morir á un hombre que se habia negado á tomar parte en el arresto de uno de los amigos de los expatriados, cuando ellos mismos estaban en la emigracion y en la desgracia! Yo consideré estos crímenes; consideré los hombres que gobernaban, las leyes y las costumbres que regian, y cuánto más avanzaba en edad, tanto más difícil me parecia dar á los negocios públicos una buena direccion. Tampoco hubiera podido emprender esta empresa sin amigos fieles y compañeros decididos; y no era fácil descubrirlos, si es que los habia, porque no viviamos ya segun las instituciones y las costumbres de nuestros padres; y por otra parte no podrian formarse de nuevo, sino con grandísimas dificultades, toda vez que nuestras leyes y nuestras costumbres habian desaparecido. Y yo, admiraos de este cambio, yo, que al principio me dejé llevar del deseo de tomar parte en el gobierno de mi patria, al ver tantos desórdenes y viendo que todo corria arrastrado como en un torrente, concluí por ser presa de

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

un vértigo. Sin embargo, no perdí de vista los sucesos políticos, esperando que circunstancias mejores me diesen ocasion de obrar; pero concluí por reconocer que todos los Estados de este tiempo están mal gobernados. Sus leyes son de tal manera viciosas, que sólo subsisten como por una feliz casualidad, lo cual no puede ménos de causar admiracion. Entónces me ví obligado á decirme á mí mismo, en elogio de la verdadera filosofía, que sólo ella podia distinguir lo justo respecto á los indivíduos y á los pueblos, y que los males de los hombres no tendrian fin mientras los verdaderos filósofos no estuvieran á la cabeza de los negocios públicos y de los Estados, ó mientras los que se hallan en el poder en las ciudades no fuesen, por un favor de los dioses, verdaderamente filósofos.

Tales son los pensamientos que me llevaron á Italia y Sicilia en mi primer viaje. A mi llegada ví, aunque con disgusto, la vida que allí se pasa, y que llaman dichosa; sus perpétuos festines sicilianos y siracusanos, aquellas dos comidas diarias, aquellas noches nunca pasadas en la soledad y todos los placeres análogos. Educado desde la infancia en medio de costumbres tan corrompidas ¿hay un solo hombre bajo el cielo, por admirables que sean sus disposiciones naturales, que pueda hacerse sabio? ¿Hay uno que pueda formarse en la templanza y en las demás virtudes? ¿Hay un Estado que pueda encontrar paz y estabilidad en las leyes, cuando los ciudadanos se imaginan que es preciso prodigar locamente el oro y la plata, y cuando se cree que lo mejor que puede hacerse es saborear los placeres de la mesa y extremar los caprichos del amor? Necesariamente semejantes Estados deben pasar por todas las formas de gobierno, tiranía, oligarquía, democracia, sin reposo ni tregua, no pudiendo los que ejercen el poder soportar ni áun el nombre de un gobierno fundado en la justicia y la igualdad. Yo tenia todas estas ideas presentes en mi espíritu cuando fuí á Siracusa. Será

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

quizá obra del azar; pero me parece que entónces la mano de un dios arrojaba las semillas de lo que despues ha sucedido á Dion y á los siracusanos, y de lo que os sucederá á vosotros mismos, me lo temo, si no seguís los consejos que doy por segunda vez.

¿Pero cómo los sucesos que han ocurrido desde entónces tienen su principio en mi viaje á Sicilia? Teniendo con Dion repetidas conferencias, le expuse en nuestras conversaciones las máximas que creia eficaces para labrar la felicidad de los hombres, y le exhorté á ponerlas en práctica, sin pasar por mi mente que de esta manera preparaba la destruccion de la tiranía. Dion, que tenia un espíritu apto para toda clase de conocimientos, hizo suyo todo lo que le enseñaba con una facilidad que jamás encontré en ninguno de mis jóvenes discípulos; y desde entónces resolvió observar una vida del todo diferente de la de la mayor parte de los italianos y siracusanos, poniendo la virtud muy por encima de los placeres y de la molicie. A partir desde este momento, tuvo un odio inextinguible á todos los fautores del gobierno tiránico, hasta la muerte de Dionisio.

En tal situacion reconoció que no era sólo á participar de estas convicciones nacidas de la sana razon; vió que ellas habian ganado otros espíritus, en pequeño número, es cierto, pero entre los cuales podia contar al jóven Dionisio por un favor especial de los dioses; porque esta circunstancia le parecia que era una fortuna inmensa para él y para los siracusanos. Además juzgó que yo debia apresurarme á ir á Siracusa para asociarme á sus designios; él recordaba nuestra amistad y la facilidad con que le habia inspirado el deseo de abrazar una vida honesta y virtuosa. Si lograba atraer á sus planes á Dionisio, tenia la esperanza de obtener para su patria, sin matanzas, sin asesinatos, sin todos los males que hoy deploramos, los elementos de la verdadera felicidad. Empapado el es-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

píritu en tan justos pensamientos, convenció á Dionisio de que era preciso llamarme, y él mismo me escribió, suplicándome que fuera luego sin reparar en ningun obstáculo, por temor de que otros ejercieran una fatal influencia sobre Dionisio y le condujesen á otro género de vida. Y no se contentaba con decir esto, sino que me exhortaba con largos discursos. ¿Qué más podiamos esperar, ni cómo era posible que se pudiera presentar una ocasion mejor que la que se nos venia á las manos por un favor de los dioses? Me hacia una pintura de la grandeza de los Estados de Sicilia y de Italia, su propio crédito, la juventud de Dionisio, su pasion por la filosofía y por la verdad; me decia que sus sobrinos y parientes estaban dispuestos á adoptar mis principios y mis reglas de conducta; que ejercian bastante predominio sobre Dionisio para atraerle; y que ahora ó nunca seria la ocasion de ver á unos mismos hombres profesar la filosofía y gobernar poderosos Estados. Tales eran las razones que hacia valer Dion y con ellas otras muchas del mismo género. Yo no dejaba de estar con alguna inquietud con respecto á las disposiciones de los jóvenes, porque nada hay más inconstante que sus pasiones, y se lanzan muchas veces de un extremo á otro, si bien me daban cierta confianza la gravedad natural de Dion y la madurez de su edad. Por esta razon, bien examinado todo y pesados detenidamente el pro y el contra, creí que si queria aplicar mis ideas á las leyes y al gobierno y realizarlas, habia llegado el momento de poner manos á la obra. Ya no me quedaba más que convencer á un hombre, para estar en posicion de hacer todo el bien posible.

Hé aquí por qué consideraciones y con qué esperanza me determiné á partir. Algunos me han achacado otros móviles que son imaginarios. Si no hubiera adoptado este partido, habria pasado por un magnífico charlatan, que se entretiene con vanos discursos, sin saber obrar.

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Por otra parte me exponia á hacer traicion á la hospitalidad y amistad de Dion que corria á la sazon grandes peligros. Si este experimentaba algun revés, si era desterrado por Dionisio, y si venia á encontrarme y me decia: «¡Oh Platon! aquí me tienes cerca de tí fugitivo y dester»rado; lo que me ha faltado para triunfar de mis enemi»gos no han sido soldados, ni caballos, sino esos dis»cursos persuasivos en que, yo lo sé, tú sobresales y que »sirven para dirigir á los jóvenes hácia la virtud y la jus»ticia y para unirlos sólidamente entre sí por los lazos de »una mútua afeccion. Tú me has negado este auxilio, y »me ha sido preciso abandonar á Siracusa y refugiarme »aquí. No sólo eres culpable para conmigo, sino tambien »para con la filosofía, que tú ensalzas hasta las nubes, y »que tanto lamentas que sea tan poco honrada por los »demás hombres. ¿No has hecho traicion, en cuanto de »tí ha dependido, á la vez á su causa y á la mia? Si hu»biéramos estado en Megara y hubiera apelado á tí, me »habrias sin duda prestado auxilio, so pena de conside»rarte tú mismo como el más villano de los hombres; y »ahora crees que alegando lo largo del camino, las difi»cultades de la travesía, las fatigas, podrás librarte del »cargo de haber obrado mal? No, no lo espero.» ¿Cómo se rechazan tales quejas? ¿qué se responde? Nada, sin duda. Obedecí á los más justos y dignos motivos que me decidieron á partir, renunciando al más estimable género de vida, para ir á vivir bajo un gobierno tiránico, que no parecia convenir ni á mis principios ni á mi persona. Pero partiendo, dejaba satisfecho á Júpiter Hospitalario y á la filosofía, en cuyas maldiciones hubiera incurrido, si yo me hubiera deshonrado cediendo cobardemente al temor.

A mi llegada, para decirlo todo en pocas palabras, no encontré más que turbaciones y agitaciones en derredor de Dionisio; y se calumniaba á Dion, diciendo que habia

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

aspirado á la tiranía. Le defendí con todas mis fuerzas, pero no tenia gran crédito, y á los cuatro meses Dionisio le hizo embarcar en una pequeña nave y le desterró ignominiosamente. Despues de esta violencia, todos los amigos de Dion temimos que el tirano ejerciese su venganza sobre nosotros, pretextando nuestra complicidad; y respecto á mí corrió en Siracusa la voz de que Dionisio me habia hecho morir como primer autor de la trama. Pero no; Dionisio sabia que nosotros estábamos muy en guardia; temió que el cuidado de nuestra salvacion nos llevase á alguna empresa atrevida, y nos trató con benevolencia; á mí me exhortó, me animó y me suplicó que permaneciera cerca de él. Si yo huia, le injuriaba; y si permanecia, le honraba; y en esto se fundó la fingi la súplica que me hizo con las mayores instancias. Ya sabemos que las súplicas de los tiranos equivalen á órdenes. Supo hacer mi huida imposible, haciéndome conducir á la ciudadela, donde me dió una habitacion sin temor de que ningun patron de nave pudiera sacarme de allí, no digo contra la voluntad de Dionisio, sino sin que precediera una órden formal suya. Más aún, no habia un mercader ni un oficial encargado de vigilar los embarques, que si me hubiera visto escapar, no se apresurara á echarme mano y volverme á la presencia de Dionisio, tanto más, cuanto que, efecto de una repentina reaccion, habia corrido la noticia de que Platon gozaba del mayor favor cerca del tirano. ¿Qué tenia esto de cierto? Voy á decirlo. Dionisio se dejaba seducir más y más por el encanto de nuestras conversaciones y por la dignidad de mi conducta; queria que hiciese yo más caso de él que de Dion, dispensándole mayor grado de amistad; y para conseguir este objeto hacia extraordinarios esfuerzos. Sin embargo, despreció el medio más seguro, si de alguno podia valerse, para atraerme, que era estudiar y aprender la filosofía, apropiándose las enseñanzas que procura, y

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

uniéndose así más estrechamente á mi persona; pero temia, como se lo decian los villanos calumniadores que le rodeaban, dejarse comprometer y ver realizados los proyectos de Dion. Yo me armé de paciencia, y proseguí la ejecucion del plan que me habia llevado á Siracusa, haciendo los mayores esfuerzos para inspirar á Dionisio el amor á la vida filosófica. Pero él lo resistió, hasta el punto de frustrarse todos mis deseos y todos mis intentos.

Tal es la verdadera historia de mi primera ida á Sicilia y del tiempo que allí permanecí. En seguida partí, para volver bien pronto, solicitado vivamente por Dionisio. En cuanto á los motivos que me obligaron á emprender este segundo viaje y á mi conducta durante esta época, haré ver bien pronto cuán justa y conveniente fué; pero ántes debo daros los consejos que reclaman las circunstancias, para no sacrificar lo principal á lo accesorio. Hé aquí lo que tengo que decir.

Si un hombre está enfermo y observa un régimen funesto para su salud, el médico, que sea consultado, debe comenzar por prescribirle un nuevo género de vida; si el enfermo obedece, debe continuar asistiéndole; pero si lo resiste, el deber de un verdadero médico, digno de su profesion, es retirarse, pues el que continúe será tenido con razon por un hombre sin pudor y por un ignorante. Lo mismo sucede en un Estado, tenga muchos ó pocos dominadores; si marcha por el camino recto de un buen gobierno, el que se siente capaz de dar consejos tiene razon en darlos; pero si el gobernante se sale de este camino recto, si rehusa seguir estos rastros, si prohibe á sus consejeros mezclarse en los negocios y proponer mudanzas, amenazándoles con la muerte, si sólo da oidos á los que halagan sus deseos y sus pasiones, digo, que el que persistiese en dar consejos seria un hombre sin pudor; y el que se retirase seria un hombre de bien. Imbuido en estas ideas, cuando alguno viene á pedirme dictámen sobre lo que más importa á la vida, la

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

adquisicion de las riquezas, los cuidados que reclaman el cuerpo y el alma, si observo en él una conducta generalmente buena y le veo dispuesto á dejarse guiar, le doy con gusto consejos y no ceso de auxiliarle en todo lo que sea necesario. Pero al que no me pida consejos, ó no está manifiestamente dispuesto á dejarse convencer, nada tengo que ofrecerle y en este punto ni á mi propio hijo haria violencia. Podria imponer mis consejos á un esclavo, pero á un padre, á una madre no se les puede cohibir sin impiedad, á ménos que no estuviesen dementes. Si pasan una vida que sea de su gusto y me desagrade á mí, no quiero enajenarme su afeccion con reprensiones inútiles, ni hacerme un adulador complaciente, facilitándoles la satisfaccion de pasiones á que no querria yo consagrar mi vida. Hé aquí cómo debe conducirse el sabio frente á frente del Estado. Cuando le ve mal gobernado, debe hablar, si sus consejos pueden ser útiles y si no recibe la muerte por premio; pero no tiene derecho á hacer violencia á la patria para realizar una revolucion política, cuando esta revolucion sólo es posible á costa de matanzas y destierros. Su deber entónces es el de permanecer quieto, y hacer votos á los dioses por su felicidad y por la de su patria. Conforme á estos principios os aconsejaré lo que aconsejé en otro tiempo á Dionisio de acuerdo con Dion; le dije que trabajase constantemente en adquirir el dominio sobre sí mismo y en proporcionarse amigos y partidarios decididos, para evitar lo que habia sucedido á su padre, que despues de haber reconquistado y reconstruido las numerosas y poderosas ciudades de Sicilia arruinadas por los bárbaros, no pudo encontrar para gobernarlas hombres de su confianza, ni entre sus amigos ni entre los extranjeros que habia llamado, y lo que es más, ni entre sus hermanos más jóvenes, y á quienes de simples particulares que eran habia elevado á la condicion de príncipes. Ni la persuasion, ni la educacion, ni los beneficios,

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

ni las alianzas fueron bastantes á que se hiciera con un solo servidor leal, y fué siete veces más desgraciado que Darío, quien desconfiando de sus hermanos y de los que habian sido sus hechuras y confiando sólo en los compañeros que le habian auxiliado para la conquista de la Media y derrota del eunuco, dividió su imperio en siete partes, cada una de las que era más grande que toda Sicilia, y dió una á cada uno de los compañeros, encontrando en ellos súbditos fieles, que jamás le fueron traidores, ni lo fueron entre sí. Además, modelo de buen legislador y gran rey, estableció leyes, que se han conservado hasta ahora y sostienen aún el imperio de los persas. Lo mismo sucede con los atenienses, que habiéndose hecho dueños de muchas ciudades griegas pobladas por los bárbaros y que no eran colonias de Atenas, supieron sostener en ellas su autoridad durante siete años, conservando allí muy fieles amigos. Dionisio, por el contrario, despues de haber reunido, por decirlo así, toda la Sicilia en una sola ciudad, gracias á su talento, no encontró nadie de quien fiarse, y con gran dificultad conservó su poder. Le faltaban casi por completo amigos resueltos, y no hay una prueba más evidente de vicio ó de virtud, que el tener ó no tener á su alrededor amigos dignos de confianza. Así que nosotros; Dion y yo, ya que su padre no le habia dado la instruccion conveniente, ni hecho que mantuviera relaciones sociales con los demás, le aconsejamos, en primer lugar, que se procurase entre sus parientes y compañeros de edad amigos que tendiesen como él á la virtud, y sobre todo que se esforzara en adquirir el imperio de sí mismo, que le faltaba absolutamente. No nos explicábamos tan abiertamente, porque hubiera sido muy peligroso, sino que procediamos por medio de insinuaciones, demostrando que así es como se consigue su bienestar y el de las personas sometidas á su gobierno, y que obrar de otra manera es exponerse á un resultado contrario. Le deciamos que si se

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

dirigia por estos principios, si se hacia sabio y prudente, si reponia las ciudades arruinadas de la Sicilia, si les daba leyes é instituciones políticas, si los afirmaba y unia entre sí contra los bárbaros, no sólo doblaria el poder de su padre, sino que le aumentaria considerablemente. Entónces sí que seria capaz de imponer el yugo á los cartagineses más que lo fué nunca Gelon mismo, en vez de que, por el contrario, su padre se habia visto forzado á pagar un tributo á los bárbaros.

Hé aquí nuestros consejos, hé aquí los lazos que tendimos á Dionisio, y de qué modo hemos sido acusados por los viles calumniadores, que, concluyendo por apoderarse del espíritu del tirano, hicieron que se desterrara á Dion, infundiendo el terror entre nosotros.

Para referir muchas cosas en pocas palabras, Dion, abandonando el Peloponeso y á Atenas, dió á Dionisio la leccion de la desgracia. Dos veces libró á su patria y la volvió el imperio de sí misma, pero los siracusanos se portaron entónces con Dion, como se habia portado Dionisio con él cuando quiso instruirle, hacerle digno del gobierno real y consagrarle su vida entera. Dion habia ya sido acusado de aspirar á la tiranía y de encaminar todas sus acciones á este objeto. Se dijo, que exhortando á Dionisio al estudio, esperaba conseguir que miraria con desden los negocios y gobernar él en su lugar hasta el momento en que pudiese arrojarle y apoderarse del mando. Estas calumnias, derramadas de nuevo por Siracusa, triunfaron entónces; victoria absurda, que cubre de infamia á los que la consiguieron.

Es preciso deciros cómo tuvieron lugar estos sucesos, puesto que me consultais hoy sobre vuestros negocios. Ateniense yo y amigo de Dion, fuí para prestarle auxilio contra el tirano, poner fin á sus disensiones y reconciliarlos. Pero luché en vano; la calumnia lo arrolló todo. Dionisio quiso ganarme, valiéndose de honores y riquezas,

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

para que me quedara cerca de él; testigo y amigo suyo, yo hubiera servido para justificar el destierro de Dion; pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Posteriormente, cuando Dion volvió á Sicilia, llevó consigo dos atenienses que eran hermanos. No fué la filosofía la que dió orígen á esta nueva amistad, sino que fué más bien una de estas relaciones que crea la casualidad, que nacen de un obsequio recibido ó de un encuentro en los teatros ó en los sacrificios. Estos dos hombres habian ganado la afeccion de Dion, como acabo de decir, y ayudándole á hacer los preparativos de la travesía, se asociaron á él. A su llegada á Sicilia se apercibieron de que Dion era sospechoso á los siracusanos, y eso que le debian su libertad, y que se le acusaba de aspirar á la tiranía; y entónces, no contentos con hacer traicion á su amigo y huésped, le mataron en cierta manera con sus propias manos, presentándose con las armas en la mano para excitar y animar á los asesinos.

Esta infame accion, este crímen impío no quiero callarlo ni referirlo. Bastantes han tomado y tomarán más adelante á su cargo la tarea de describirlo. Pero toda vez que se quiere que recaiga sobre los atenienses la responsabilidad de este asesinato abominable, yo debo defenderlos. Tambien era un ateniense, lo digo muy alto, el que se negó á hacer traicion á Dion á pesar de los honores y riquezas que se le ofrecieron. Y esto fué porque la amistad que les unia, no era una amistad mercenaria, sino fundada en la mancomunidad de estudios liberales, que es la única que merece la confianza del sabio, porque campea muy por encima de los lazos del cariño y de la sangre. Los asesinos de Dion no pueden imprimir semejante baldon sobre Atenas, porque son demasiado viles y despreciables.

Debia de decir todas estas cosas para que lo tengan entendido los parientes y amigos de Dion. Repito por tercera vez este consejo, puesto que sois los terceros á con-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

sultarme; que ni Sicilia ni ningun otro Estado, cualquiera que él sea, se someta jamás á los déspotas, y sí sólo á las leyes. La tiranía no es un bien ni para los que la ejercen, ni para lòs que la sufren, ni para sus hijos, ni para los hijos de sus hijos; es una empresa funesta; sólo almas bajas y viles pueden aspirar á tales ventajas; y es preciso para obrar así, desconocer en lo presente y en lo porvenir lo que es justo y bueno para con los dioses y para con los hombres. Estas doctrinas son las que procuré inspirar, primero á Dion, despues á Dionisio, y lo que en este momento querria inspirar por tercera vez á vosotros. Dejaos convencer, en nombre de Júpiter, tres veces salvador, y volved en seguida vuestras miradas hácia Dionisio y Dion; el uno, que ha rechazado mis consejos, vive actualmente en el oprobio; el otro, que los ha seguido, ha muerto con honra; porque el que sólo desea para sí y para su patria lo mejor, nada puede sucederle que no sea justo y bueno.

Ninguno entre nosotros es naturalmente inmortal, y el que lo fuese, no seria por eso más dichoso, contra lo que dice la opinion del vulgo. No hay bien ni mal para los séres inanimados, pero el alma experimenta en verdad el uno y el otro, ya cuando está unida al cuerpo, ya cuando está separada. Tengamos fe en estas antiguas y santas creencias, segun las que el alma es inmortal y encuentra jueces y terribles castigos despues que se desprende del cuerpo. Por lo mismo es preciso estar persuadido de que es un mal menor sufrir que cometer las mayores injusticias. El hombre ávido de riquezas, pobre en cuanto á las cosas del alma, no escucha estos discursos, y si los escucha, es para burlarse de ellos; busca sin pudor y por todas partes, como una bestia feroz, todo lo que cree á propósito para satisfacer su pasion de beber, de comer y de disfrutar placeres groseros é indignos del nombre de amor, que persigue sin conseguir saciarse; tan ciego, que no ve que sus violencias son impiedades, que la desgra-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

cia es por todas partes y siempre compañera de la injusticia, y que una ley fatal condena al alma injusta á llevar á todas partes consigo esta impiedad, ya fije su morada en este mundo, ya en las cavernas subterráneas, sin que pueda escapar nunca ni á la vergüenza, ni á la miseria.

Hé aquí las verdades que yo exponia á Dion, y que él creia; lo cual me da motivo para aborrecer lo mismo á sus asesinos que á Dionisio. Han causado á mí, y puede decirse á la humanidad entera, un daño inmenso; los primeros, haciendo perecer á un hombre que queria practicar la justicia, y el último, negándose en absoluto á practicarla durante todo su reinado, siendo así que disponiendo de tan gran poder, le era fácil, reuniendo la filosofía y la autoridad, probar de una manera brillante á todos los griegos y á los bárbaros esta verdad: que ni los individuos ni los pueblos pueden ser dichosos, si para gobernar ó gobernarse no tienen por guias la sabiduría y la justicia, ya les sean estas virtudes naturales, ó ya las hayan recibido de jefes piadosos merced á asíduos cuidados y á una buena educacion. Hé aquí el crímen de Dionisio; los demás no son nada cotejados con éste. El asesino de Dion no sabia que nos causaba el mismo daño que el tirano. Porque Dion, lo puedo asegurar en cuanto un hombre puede responder de los sentimientos de otro hombre, Dion, si hubiera conservado el poder, no habria mudado nada en la forma de gobierno que habia establecido al principio en Siracusa, cuando, despues de haberla librado de la servidumbre, la dió todas las condiciones brillantes de la libertad. Hubiera agotado todos los medios para dar á sus conciudadanos las mejores leyes, las más apropiadas á sus hábitos y á su carácter; hubiera hecho un esfuerzo para poblar de nuevo á Sicilia, librarla del yugo de los bárbaros, expulsando á los unos, sometiendo á los otros con más facilidad que lo habia hecho Hieron. Si estos proyectos hubieran podido ser ejecutados por un

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

hombre justo, valiente, moderado, filósofo, la virtud habria obtenido de los siracusanos la misma consideracion que Dionisio hubiera podido obtener de la humanidad entera, dejándose guiar por nuestros consejos. Pero un dios enemigo ó un hombre perverso lo han impedido todo por su injusticia, por su impiedad, por su audacia y por su ignorancia. La ignorancia, raíz y tronco de todos los males, produce los frutos más amargos; ella es la que por segunda vez ha trastornado y arruinado nuestras reformas. Pero ahora valgámonos sólo de buenas palabras, para que los augurios nos sean favorables esta tercera vez.

Yo os aconsejo tambien á vosotros, sus amigos, que imiteis á Dion, que imiteis su constante amor á la patria, su severidad de costumbres, su templanza habitual; ejecutad sus deseos, como si hubieran sido dictados por el oráculo.

¿Qué deseos eran estos? ya os les he expuesto claramente. Si alguno entre vosotros es incapaz de vivir á la manera dórica de los antepasados; si alguno está apegado á las costumbres de los asesinos de Dion y de la Sicilia, guardaos de llamarle á tomar parte en el gobierno; no espereis que haga nada bueno; no conteis con su fidelidad. Los demás llamad gente de Sicilia y del Peloponeso para poblar la Sicilia, estableciendo leyes iguales para todos. No temais nada de Atenas; allí tambien hay hombres que sobresalen por su virtud y que detestan á los criminales que asesinaron á su favorecedor. Pero si es demasiado tarde, si sois presa de las sediciones sin cesar renacientes, de las discordias de todos los dias, todo hombre, á quien una divinidad favorable ha concedido una chispa de buen sentido, debe comprender que una ciudad fraccionada de esta manera no verá el fin de sus desgracias hasta el dia en que el partido, que triunfe mediante la lucha, el destierro y el asesinato, renuncie á tomar

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

venganza de sus amigos, y así se hará dueño de sus pasiones y se mandará á sí mismo, establecerá leyes comunes que no sean más favorables á los vencedores que á los vencidos, asegurará la obediencia de todos á las leyes por dos recursos muy poderosos: el respeto y el temor; por el temor, dando á conocer su superioridad y la fuerza de que está armado; y por el respeto, haciendo ver que sabe dominar sus deseos y que tiene la voluntad y el poder de ejecutar las leyes. De lo contrario, un Estado dividido no ve término á sus males, y en condiciones semejantes sólo habrá sediciones, enemistades, odios y traiciones. Es preciso que el partido vencedor, si quiere sostenerse, escoja en su propio seno los que le parezcan mejores, que sean de edad provecta, y que tengan domicilio, mujer é hijos, una larga serie de ilustres antepasados y una fortuna conveniente. En una ciudad de diez mil habitantes basta con que cincuenta ciudadanos reunan estas cualidades. Es preciso hacerles venir á fuerza de súplicas y de honores, y precisarles hasta con juramento á dictar leyes que establezcan una igualdad perfecta entre los ciudadanos sin favorecer más á los vencedores que á los vencidos. Establecidas estas leyes, ved de lo que depende todo. Si los vencedores se someten con más gusto al yugo de las leyes que los vencidos, el bienestar y la felicidad reinarán por todas partes y desaparecerán todos los males; de no ser así, no hay que llamarme á mí ni á nadie, para tomar parte en un gobierno que cierra los oidos á estos consejos. Este proyecto difiere poco del que Dion y yo, movidos por nuestro celo, intentamos establecer en Siracusa, y que no era sino el segundo. El primero consistia en obtener del mismo Dionisio que llamara á todos los ciudadanos á gozar de la felicidad y de la libertad. Pero la suerte, más poderosa que los hombres, se opuso á ello. Ahora procurad llevar las reformas á mejor término, con el permiso de la fortuna y con el auxilio de los dioses.

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Hé aquí los consejos que yo tenia que daros, y lo que tenia que deciros de mi primera estancia en la córte de Dionisio. En cuanto á mi segundo viaje, voy á probar á quien quiera escucharme que fué dictado por la razon y aconsejado por la prudencia.

Los primeros tiempos de mi estancia en Sicilia se pasaron, como ya os he dicho. Entónces hice cuanto pude cerca de Dionisio para que me dejara partir, y convinimos en que cuando se hiciera la paz, porque en aquel momento la guerra devastaba la Sicilia, y cuando hubiere afianzado su poder, nos llamaria cerca de él á Dion y á mí. Queria que Dion mirase su alejamiento, no como un destierro, sino como un simple viaje. Yo le prometí volver bajo estas condiciones. Hecha la paz, Dionisio me llamó, pero suplicándome, que Dion dilatara su vuelta por un año más; y con respecto á mí me instaba cuanto podia para que volviera á su lado. Dion me conjuraba y me mandaba que apresurara mi viaje. Corrian voces procedentes de Sicilia, de que Dionisio estaba ciegamente enamorado de la filosofía, y por esta razon Dion me suplicaba que no titubeara en embarcarme. No ignoraba yo que los jóvenes algunas veces se sienten así atraidos por el amor á la filosofía; sin embargo, creí más seguro no acceder ni á las instancias de Dion ni á las de Dionisio, y descontenté á ambos cuando les respondí que era muy viejo, y que por otra parte se faltaba á lo convenido. Mientras esto pasaba, Arquitas fué á Siracusa cerca de Dionisio, porque ántes de mi partida habia facilitado yo á Arquitas y á otros filósofos tarentinos la amistad y hospitalidad de Dionisio. Tambien estaban en Siracusa algunos que habian asistido á las conversaciones de Dion, y otros más ó ménos versados en materias filosóficas. Creo, que todas estas personas tuvieron con Dionisio discusiones filosóficas, como si Dionisio hubiera poseido todos los secretos de mi doctrina. Dionisio no era incapaz de

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

entender estas materias, y tenia un extraordinario amor propio; se complacia en estas discusiones, pero temia descubrir demasiado que no habia penetrado bastante lo que yo le habia enseñado en su córte, lo cual le inspiró el deseo de conocer más claramente mi filosofía é inflamó su ambicion. El por qué no se enteró mejor de mi filosofía durante mi primera permanencia, ya lo he expuesto precedentemente. Y así, cuando despues de haber vuelto á mi patria sano y salvo, rehusé la segunda vez ir cerca de su persona, como ya sabeis, su amor propio le hizo temer, que á juicio de la multitud mi negativa pareciese un desprecio, despues de la experiencia que yo tenia de sus condiciones naturales y de sus hábitos. La justicia exige que diga la verdad, sin temer el juicio de aquel que, despues de haber tenido conocimiento de los sucesos pueda despreciar mi filosofía y alabar la sabiduría del tirano. Volviendo por tercera vez á la carga, Dionisio me envió una galera para facilitar el viaje, y me envió á Arquidemo, un siciliano á quien sabia Dionisio que yo estimaba mucho, y con él á otros muchos sicilianos de importancia. Todos me hablaron del mismo modo, diciéndome que el interés que Dionisio se tomaba por la filosofía era una cosa admirable. Me envió por fin una carta muy larga, porque sabia cuán ligado estaba yo con Dion y cuánto deseaba éste que me trasladase á Siracusa.

Sacó partido de estos hechos en el principio de su carta cuyas primeras palabras eran estas: «Dionisio á Platon.» Despues de los cumplimientos de costumbre se apresuraba á decir: «Si te dejas convencer y vienes á Sicilia, los »negocios de Dion se arreglarán á tu gusto. Ya sé que »lo que habrás de pedirme será razonable y te lo conce»deré. Pero si resistes, no esperes nada favorable para »Dion, ni en razon de su persona ni de sus bienes.» Así me hablaba y me decia otras mil cosas, que seria largo é

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

inoportuno referir. Otras cartas me llegaron de Arquitas y de muchos tarentinos, que elogiaban la filosofía de Dionisio, y declaraban que si me negaba á ir á Sicilia, expondria á los tiros de la calumnia la amistad que existia entre ellos y Dionisio por mi causa, amistad, que bajo el punto de vista político no era de escaso interés. Hé aquí los móviles que se pusieron en juego cuando fuí llamado en esta época. De Italia y de Sicilia se me atraia, y de Atenas se me empujaba en cierta manera, suplicándome é instándome á partir; sin contar que, como la otra vez, era un deber para mí no faltar á Dion ni á mis huéspedes y mis amigos de Tarento. Yo mismo encontraba muy sencillo, que un jóven dotado de bellas disposiciones, despues de haber rechazado al principio la filosofía, acábase por amarla. Debia poner en evidencia sus verdaderas disposiciones, no perder aquellas circunstancias, ni exponerme á las más graves censuras, si Dionisio era lo que se decia. Por todos estos motivos partí y me embarqué, pero no sin mil temores y funestos presentimientos.

Llegué, pues, á Sicilia por tercera vez, protegido por Júpiter salvador. Porque si yo he salvado la vida, es sin duda á este dios á quien se lo debo, así como tambien á Dionisio mismo. Cuando muchos querian perderme, se opuso á ello, y me trató siempre con cierto respeto. Una vez instalado en la córte del tirano, mi primer cuidado fué ver claramente si estaba en efecto inflamado por un amor ardiente por la filosofía, ó si no era más que un vano rumor el que habia corrido por Atenas.

Para hacer esta prueba hay un método excelente, y que conviene sobre todo cuando se trata de tiranos, particularmente de tiranos llenos de falsas ideas, como lo estaba Dionisio, y como luego lo noté. Consiste en hacerles ver qué gran cosa es la filosofía, qué trabajos exige y qué disgustos proporciona. Desde luego se advierte que el que ama verdaderamente la filosofía y es digno de dedi-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

carse á ella, es decir, que tiene un alma divina, encuentra admirable el camino que se le señala, juzga que es preciso marchar por él, y que cualquiera otro género de vida es despreciable. Despues, precipitándose por él con ardor, arrastra tras sí á su mismo guía, y no se detiene hasta no haber llegado al término, ó por lo ménos, á un punto bastante avanzado, para conseguir el objeto, sin otra guía que sí mismo. Un hombre de esta condicion, animado por este espíritu, cualesquiera que sean las circunstancias, vive y se gobierna en todas las cosas segun los principios de la filosofía, y se entrega habitualmente al régimen más propio para ejercitar sus facultades, desenvolver su memoria y hacerse hábil en el razonamiento. Toda otra manera de obrar le repugna y se abstiene constantemente de ella. Pero los que no son verdaderamente filósofos, que sólo tienen la tintura de las opiniones, semejantes á los que tienen el cuerpo quemado por el sol, al ver la multitud de conocimientos que la filosofía encierra, el trabajo que exige, el órden, el régimen, la discrecion que prescribe, creen que semejante estudio es muy difícil, que es imposible, y no tienen valor para hacer el primer esfuerzo. Algunos están persuadidos de que saben cuanto hay que saber, y que no necesitan saber más. Hé aquí la prueba más clara y más segura para juzgar á los hombres entregados á la molicie é incapaces de resistir el trabajo; hombres de este jaez no deben acusar al maestro sino á sí mismos, si son impotentes para hacer lo que exige la empresa que intentan.

Me valí con Dionisio del procedimiento que acabo de describir; pero era tal Dionisio, que no tuve necesidad de gastar mucho tiempo. Se imaginaba saber mil cosas y las más graves; y se imaginaba tener de todas un pleno conocimiento por haberlas oido exponer á otros. Oigo decir ahora que habia escrito todo lo que habia recogido de este modo, preparándolo como produccion suya y sin atri-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

buirlo á ningun otro; pero este pormenor yo lo ignoro. Sin embargo, sé que algunos han escrito sobre estas materias, y que ni ellos mismos se entienden.

En cuanto á los que han escrito ó hayan de escribir sobre estas cosas, y que pretenden conocer mis principios, por haberlos aprendido de mi boca, ó haberlos recibido por personas intermedias, ó haberlo descubierto ellos mismos, declaro que en mi opinion no pueden saber nada absolutamente. No hay ni habrá jamás tratado alguno mio sobre semejante materia. No sucede con esta ciencia lo que con las demás, porque no se trasmite por la palabra. Despues de repetidas conversaciones, despues de muchos dias pasados en la mútua meditacion de estos problemas, es cuando esta ciencia surge de repente, como la chispa que sale de un foco ardiente, y presentándose en el alma la sirve de alimento. No ignoro que lo que yo escribiese ó dijese podria parecer muy bueno, y si no fuese así, no seria para mí un pequeño tormento. Si hubiera creido conveniente y posible entregar estas cosas á la multitud, escribiéndolas ó exponiéndolas á viva voz, ¿qué más preciosa empresa, qué ocupacion más noble de mi vida que hacer este servicio á los hombres y descubrirles los secretos de la naturaleza? Pero estoy convencido de que no es conveniente mostrar estas cosas á los hombres, y sólo debe hacerse á los pocos que son capaces de descubrirlas por sí mismos despues de ligeras indicaciones. En cuanto á la multitud, no se haria más que inspirar á unos, que de nada se cuidan, de un injusto desprecio por estas cosas; y á otros, que se creerian en posesion de los más sublimes conocimientos, de soberbia y vana presuncion (1).

(1) No es creible que el sentido de este pasaje sea, como supone Cousin, que Platon no ha escrito absolutamente nada. El autor de esta carta, cualquiera que él sea, no podia ignorar la existencia de los diálogos. Esto quiere decir que Platon no ha es-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Pero quiero extenderme más sobre esta materia para que mi pensamiento aparezca con más claridad. Hay, en efecto, una razon sólida que se opone á toda tentativa de escribir sobre estas materias; ya más de una vez la he expuesto, y no será inútil, á mi entender, repetirla de nuevo.

En todo sér, la ciencia tiene por condiciones necesarias tres cosas. La cuarta es la ciencia misma. En quinto lugar es preciso poner lo que se trata de conocer, á saber, la verdad. La primera es el nombre, la segunda la definicion, la tercera la imágen, la cuarta la ciencia. Tomad un objeto por ejemplo, á fin de comprender mejor lo que precede, y podeis decir que lo mismo sucede con todo lo demás. Sea el círculo. Tiene un nombre, el mismo que acabo de pronunciar. Tiene en segundo lugar una definicion, compuesta de nombres y de verbos, que es: aquello cuyos extremos están á igual distancia del centro; tal es la definicion de lo que se llama esfera, circunferencia, círculo. La tercer cosa (la imágen) es el dibujo que se traza y que se borra, la figura que se fabrica y se destruye. En cuanto al círculo, que es al que se refiere todo esto, es extraño á todas estas vicisitudes, porque es esencialmente diferente. La cuarta cosa es la ciencia, el conocimiento, la opinion verdadera relativamente á este círculo. Todo esto no forma más que una unidad, y no reside ni en el lenguaje, ni en la figura del cuerpo, sino en el alma misma, lo cual prueba, que este nuevo elemento es de otra naturaleza que el círculo y las tres cosas de que hemos tratado. De estas cuatro cosas, la inteligencia es la que por el parentesco y por la semejanza se aproxima más á la quinta (la verdad); las demás se alejan mucho más. Las mismas ob-

---

crito *Tratados* consagrados á la exposicion de la pura doctrina filosófica. Sus diálogos son las *ligeras indicaciones* de que aquí habla.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

servaciones se pueden hacer á propósito de las figuras rectilíneas ó esféricas, del color, del bien, de lo bello, de lo justo, de los cuerpos fabricados por la mano del hombre ó producidos por la naturaleza, del fuego, del agua y sus análogas, de toda especie de animales y de las diversas maneras de ser de las almas, de las acciones y pasiones de todas clases. A no poseer en cierta manera los cuatro elementos primeros, no se puede tener un conocimiento del quinto. Añadid, que el hombre no aspira ménos á darse razon de las cualidades de las cosas que de su esencia, no obstante la impotencia de su razon. Pues bien; esta impotencia de la razon será siempre un obstáculo para que un hombre de buen sentido ordene sus pensamientos en un sistema, y en un sistema inmutable, como sucede cuando está escrito y fijado con caractéres permanentes. Pero volvamos á las figuras de que hablábamos.

Cada uno de los círculos dibujados ó fabricados, de que nos servimos en la práctica, está lleno de contradicciones con el quinto elemento (la verdad), porque en todas sus partes se encuentran la línea recta, cuando el círculo verdadero no puede tener en sí mismo, ni en pequeña ni en grande cantidad, nada que sea contrario á su naturaleza. El nombre con que designamos estas cosas, no tiene tampoco ninguna fijeza, y nada impide llamar recto á lo que nosotros llamamos esférico, y esférico á lo que nosotros llamamos recto, y una vez hecho este cambio en sentido contrario al uso actual, el nombre nuevo no seria ménos fijo que el primero. Lo mismo sucede con la definicion; compuesta de nombres y verbos que no son fijos, ¿cómo podrá serlo ella? Hay mil pruebas de la incertidumbre de nuestros cuatro primeros elementos, pero la mayor está en la distincion que acabo de anunciar de la esencia y de la cualidad. Cuando el alma intenta conocer, no la cualidad, sino la esencia, cada uno de nuestros cuatro elementos sólo le presenta desde luego, así en los razona-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

mientos como en las cosas, contradicciones sensibles en lo que se dice y se muestra, y entrega, por decirlo así, el espíritu de todo hombre á mil dudas y mil oscuridades. Esta es la razon, porque en las cosas en que no tenemos costumbre de buscar la verdad á causa de nuestra mala educacion, y respecto de las que nos contentamos con la primera imágen que se presenta, no nos parecemos los unos á los otros ridículos, porque podemos siempre discutir y refutar estos cuatro principios. Pero en las cosas en que exigimos que se responda por el quinto elemento y que se demuestre, el que es capaz de refutar no necesita más que quererlo para vencer, y hacer creer á los oyentes que el que expone su doctrina en sus discursos, sus escritos ó sus conversaciones, no sabe absolutamente nada de las cosas que quiere decir ó escribir; porque se ignora algunas veces que no es el espíritu del escritor ó del orador el que se refuta, sino el vicio innato de los cuatro principios de que hablamos. Recorriendo con la razon todos estos elementos, y examinando de un extremo á otro cada uno de ellos, apenas se llega á la ciencia, y esto se entiende cuando las cosas están bien dipuestas y el espíritu mismo bien preparado. Pero los que naturalmente tienen mala disposicion para las ciencias y la virtud, y son muchos los que se encuentran en este triste estado, no podrian ver aunque tuvieran los ojos de Linceo. En una palabra, sin afinidad con el objeto que haya de conocerse, ni la inteligencia ni la memoria son nada, porque nada se da en un terreno estéril. De suerte que ni aquellos que no tienen afinidad natural alguna con lo justo y con lo bello, aunque estén dotados de una inteligencia y una memoria felices, ni los que tienen esta afinidad, pero están desprovistos de inteligencia y de memoria, conocen jamás toda la verdad que se puede conocer acerca del vicio y de la virtud; porque es una necesidad conocer los dos á la par, como igualmente lo falso y lo verdadero de toda esencia, lo cual

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

exige mucho trabajo y mucho tiempo como dije al principio. Cuando se ha examinado por extenso cada cosa con relacion á las demás, los nombres y las definiciones, las percepciones de la vista y las sensaciones en general, tratadas en discusiones tranquilas en las que la envidia no dicta las preguntas ni las respuestas, á duras penas la luz de la sabiduría ilumina entónces los objetos y nos permite alcanzarla en los límites del poder humano.

Por todas estas razones, un hombre grave que estudia cosas graves, se guardará bien de escribir jamás para la multitud y de atraerse la envidia y otros mil disgustos. De donde debemos concluir, cuando encontramos un libro de un legislador sobre las leyes ó de otro sobre cualquier otro objeto, que el autor no ha hablado sériamente aunque sea un hombre muy serio, y que se ha reservado la mejor parte. Si realmente hubiese depositado en un escrito sus más serios pensamientos, no quedaba más partido que decir: no, no son los dioses sino los hombres los que le han privado de la razon.

Por poco que hayan sido comprendidas estas explicaciones, se verá, que si Dionisio ó cualquiera otro, más ó ménos hábil, ha escrito sobre la naturaleza las maravillas ó los principios de la misma, ni ha comprendido bien ni ha digerido bien lo que ha escrito. Esta es mi conviccion. De otra manera Dionisio hubiera respetado lo que yo mismo respeté; no se hubiera atrevido á entregar estas cosas santas á la ignorancia y á la necedad; porque al escribir lo que se ha propuesto no ha sido aliviar su memoria. No hay riesgo de perder estas verdades, una vez que el ánimo las ha comprendido bien, porque no hay cosa más rápidamente comprensible. Quizá ha obedecido á una ambicion vergonzosa, sea que haya presentado esta doctrina como suya, ó como habiendo sido objeto de nuestras conversaciones, conversaciones de que era indigno, puesto que aspiraba á apropiarse el honor de las mismas.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Si Dionisio ha podido aprender tantas cosas en una sola leccion, sea en buen hora; ¡pero qué leccion! Júpiter lo sabe, como diria un tebano. Le hablé de filosofía de la manera que os he dicho y una sola vez; despues jamás le he vuelto á tocar este punto. Hé aquí lo que podria preguntar el que sea curioso: por qué no tuvimos una segunda conversacion, ni una tercera, ni ninguna otra. Dionisio, despues de haberme oido una sola vez, ¿se consideró bastante instruido, ó ha creido estarlo, sea que haya encontrado la sabiduría por sí mismo, sea que la haya tomado de otros filósofos? ¿Ó bien ha creido que lo que yo enseñaba era de poco valor? ¿Ó bien en tercer lugar lo ha considerado, por el contrario, tan elevado, que no se ha sentido con fuerzas para conformar su vida á las reglas de la templanza y de la virtud? Si mi enseñanza le ha parecido de poco valor, no faltan para afirmar lo contrario testigos que son más capaces que Dionisio de formar juicio sobre estas cosas. Si ha encontrado y aprendido por sí mismo estos conocimientos, son por lo tanto dignos de servir para la educacion de un alma libre; y entónces ¿cómo no extrañar que haya tratado con desprecio al mismo que debia ser su guía y su maestro? ¿En qué le trató con desprecio? Voy á decíroslo.

Habia pasado poco tiempo, cuando Dionisio, que hasta entónces habia dejado á Dion en posesion y goce de sus bienes, no quiso permitir que se le remitieran sus rentas al Peloponeso, como si hubiera olvidado por completo su carta y sus promesas. Estos bienes, decia él, no pertenecen á Dion, sino á su hijo, y á mí, como tio del jóven, y por consiguiente su tutor legítimo. Hé aquí lo que por entónces pasó. Estos hechos me demostraban claramente, qué clase de amor tenia Dionisio por la filosofía, y yo podia anchamente dejarme llevar de mi indignacion. Esto era por el verano, y las naves iban y venian. Me parecia que debia acusar no tanto á Dionisio como á mí mismo, y

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

á los que me habian comprometido á pasar por tercera vez el estrecho de Scila,

Y de arrostrar otra vez la fatal Caribdis (1),

y que debia declarar á Dionisio, que me era imposible permanecer cerca de él desde el momento que Dion era tratado con esta injusticia.

Dionisio se esforzó por tranquilizarme, y me conjuró á que no me moviera. No creia conveniente dejar partir tan pronto un mensajero que refiriera lo que estaba sucediendo en Siracusa. No pudiendo convencerme, dijo que él prepararia mi viaje; pues yo estaba resuelto á aprovechar el primer buque de trasporte que se me presentara. Estaba resuelto á romper por todo, efecto de mi indignacion; pues Dionisio ningun motivo de queja tenia de mí, y yo tenia muchos de Dionisio. Cuando vió que no queria detenerme, apeló para impedir mi marcha á la supercheria que vais á oir.

Al dia siguiente de nuestra primera conversacion, Dionisio vino en mi busca, y en un mañoso discurso me dijo:

«Entre tú y yo no hay otra causa de division que Dion »y sus intereses. Arreglémoslos hoy mismo. Atiende »ahora á lo que, en obsequio de tu amistad, haré por »Dion. Gozará de sus bienes y permanecerá en el Peloponeso, no como un desterrado, sino con la libertad de »volver aquí cuando nos hayamos puesto de acuerdo tú y »yo, que somos sus amigos; en inteligencia que ha de »comprometerse á no conspirar más contra mí. Vosotros »me respondereis de ello: tú, tus parientes y los de Dion, »que viven aquí; y á él corresponde daros por su parte ga»rantías. En cuanto al dinero que haya de enviársele, se »depositará en el Peloponeso y en Atenas en manos de »quien escojais, y Dion percibirá los intereses, sin ser due-

(1) Homero, *Odisea*, XII, 248.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

»ño de disponer de ellos sin vuestro consentimiento. Yo »no tengo bastante confianza en él para creer que obre »justamente respecto de mí en el uso que haga de sus »riquezas, porque son de consideracion. Me fio con más »gusto de tí y de los tuyos. Mira si estas proposiciones te »convienen: permanece aquí este año aún, y el verano »próximo, al marchar, llevarás contigo la fortuna de »Dion; y Dion, estoy muy seguro de ello, se manifestará »muy reconocido por este servicio que le haces.»

Yo no pude oir este discurso sin indignacion; quise, sin embargo, dar tiempo á la reflexion, y le supliqué que me dejara aplazar mi respuesta para el dia siguiente. Quedamos conformes. Pero cuando quedé solo, tomé consejo de mí mismo y me ví no poco perplejo. Hé aquí el razonamiento que yo me hacia: «Veamos; si Dionisio no tiene intencion de realizar sus promesas, y yo parto, ¿no escribirá á Dion, y á la par que él otros muchos, diciendo que queria servirle, que yo no he querido aceptar sus condiciones, y que me importan poco los intereses de mi amigo? Y si no le conviene dejarme marchar, sin necesidad de ningun mandato y con sólo hacer entender á los patrones de las naves que me marcho contra su voluntad, ¿habrá nadie que se atreva á sacarme de su palacio? (Porque yo habitaba, para colmo de desgracia, en el jardin adjunto al palacio, y el portero no me habria dejado salir sin una órden expresa de Dionisio.) Si, por el contrario, permanezco aquí un año entero, tendré tiempo de hacer saber á Dion las circunstancias de este asunto y mi conducta; y si Dionisio me cumple su palabra, tendré ocasion de felicitarme por haber tomado este partido, porque la fortuna de Dion, estimada en su justo valor, no importa ménos de cien talentos. Si las cosas tienen el resultado que es fácil prever, no sé en verdad á qué resolverme; pero á todo evento vale sin duda más tener paciencia un año y dejar á los sucesos el cuidado y tiempo de poner en evidencia los artificios de

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Dionisio.» Despues de pensarlo bien, dije á Dionisio al dia siguiente, que estaba resuelto á permanecer. Creo, le añadí, que no debes considerarme como el árbitro supremo de los negocios de Dion, sino prevenirle, comunicándole nuestras resoluciones, preguntarle si le convienen; ó si desea alguna modificacion, que conteste en el plazo más breve, y que quedan las cosas entre tanto en el estado en que se hallan.

Esto es lo que convinimos poco más ó ménos. Las naves no tardaron en hacerse á la vela, y no me hubiera sido ya posible embarcarme. Entónces fué cuando Dionisio se acordó de decirme que Dion no tenia derecho más que á la mitad de los bienes y que la otra mitad pertenecia á su hijo. Añadió, que haria que se vendiera una mitad, cuyo importe me entregaria para remitir á Dion, y que su hijo quedaria propietario de la otra mitad. Esto era segun él lo más justo. Semejantes palabras me consternaron, y comprendiendo que seria ridículo discutir, le supliqué que aguardase la carta de Dion y que se le comunicase este cambio. Pero él sobre la marcha y con la mayor impudencia se puso á vender los bienes de Dion, lo que quiso, como quiso y á quien quiso, sin dignarse decirme ni una palabra. Cesé por lo tanto de reclamar por Dion, viendo claramente que nada podia hacerse.

Hé aquí cómo hasta este momento pude servir cerca de Dionisio á la filosofía y á mis amigos.

Desde entónces Dionisio y yo viviamos, yo dirigiendo mis miradas al exterior, como un pájaro que aspira á tomar vuelo, y él buscando todos los medios de aterrarme, sin entregarme nada de los bienes de Dion. Sin embargo, á los ojos de la Sicilia apareciamos como amigos. Dionisio quiso disminuir entónces el sueldo de los mercenarios veteranos que era lo contrario de lo que habia hecho su padre; los soldados irritados se reunieron y en medio del desórden gritaron que no cederian. El tirano quiso some-

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

terlos cerrando las puertas del Acrópolo, pero se precipitaron á las murallas dando gritos de guerra á manera de los bárbaros. Fué tal el terror de Dionisio, que les concedió todo lo que quisieron, y al mismo tiempo aumentó la paga de los peltastos, que habian tomado parte en la revuelta.

Se dijo al momento, que Heráclides era el autor de esta sedicion. Al circular esta nueva, Heráclides se apuró á ocultarse y Dionisio se apuró á buscarle. No pudiendo encontrarle, Dionisio mandó á Teodoto que se presentara en sus jardines, donde casualmente me hallaba yo paseando. No sé cual fué al principio su conversacion, porque no sé lo que decian; pero lo que Teodoto dijo á Dionisio á mi presencia lo sé, y me acuerdo de ello: «Platon, dijo, aconsejo á Dionisio, que si consigo hacer venir aquí á Heráclides á dar cuenta de su conducta y justificarse de las acusaciones de que es objeto, ya que no le deje permanecer en Sicilia, le permita trasladarse con su hijo y su mujer al Peloponeso, y que viva allí sin causar ningun daño á Dionisio y goce de su fortuna. Le he enviado ya un aviso, y le voy á enviar otro, á fin de que, si no obedece al primero, ceda al segundo. Pido y suplico á Dionisio, que, si se encuentra á Heráclides en el campo ó aquí, no le cause daño y que solo le dé la órden de abandonar el país, hasta que Dionisio cambie respecto á él de modo de pensar. ¿Consientes en ello? dijo, dirigiéndose á Dionisio.—«Consiento en ello, y áun cuando fuese descubierto en tu propia casa, no le sucederá otro mal que lo dicho.» Pero al dia siguiente ví llegar á Euribes y Teodoto asustados y en una turbacion extraordinaria, y Teodoto me dijo: Presente estuviste ayer y sabes qué promesas nos hizo Dionisio á tí y á mí.— ¿Cómo no lo he de saber? respondí yo.—Pues bien, replicó Teodoto, hoy los peltastos corren por todas partes y le buscan, y es fácil que esté muy cerca de aquí. Acompáñanos, y ven á unir

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

tus esfuerzos á los nuestros cerca de Dionisio.—Fuimos y en presencia ya de Dionisio los dos comenzaron á derramar lágrimas sin hablar; pero yo le dije: «temen que te olvides de las promesas de ayer, y que te conduzcas respecto á Heráclides, que por la cuenta se ha dejado ver por estos sitios, de una manera diferente.» Apenas me oyó, se le vió encolerizarse tomando su semblante todos los colores, tan grande era su cólera. Teodoto se arrojó á sus piés, le cogió las manos, y le suplicó que no cometiera esta mala accion. «Tranquilízate, Teodoto, le dije; Dionisio no se atreverá á obrar en contra de las promesas que nos hizo ayer.» Pero Dionisio volviéndose hácia mí, y mirándome con ojos de tirano, alzando la voz dijo: á tí nada te he prometido.—¡Por los dioses! repuse yo, has prometido no hacer lo que este hombre te pide que no hagas.—Luego que dije esto, volví la espalda y me retiré. Despues de esta ocurrencia no cesaron las pesquisas en busca de Heráclides, pero Teodoto le envió oportunos avisos para que huyera. Dionisio hizo que una fuerza de peltastos á las órdenes de Crisias le persiguiera; pero Heráclides, prevenido á tiempo, tomó la delantera, y con el corto intervalo de una jornada llegó á las fronteras cartaginesas.

A raíz de estos sucesos, Dionisio, que hacia mucho tiempo habia resuelto no entregar á Dion sus bienes, creyó que era ésta la ocasion favorable; rompió conmigo, arrojándome fuera del Acrópolo, dando por pretexto que las mujeres iban á celebrar en el jardin donde estaba mi habitacion un sacrificio de diez dias. Me mandó que fuera durante este tiempo á casa de Arquidemo. Allí estaba cuando Teodoto me envió á buscar, y estando en su casa me manifestó su vivo sentimiento por todo lo que habia pasado, y se quejó amargamente de Dionisio. Habiendo sabido éste que habia ido yo á casa de Teodoto, encontró en esto un nuevo pretexto de enemistad, completamente

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

análogo al primero, y me envió á preguntar si habia realmente visitado á Teodoto á ruego suyo.—«Sí, ciertamente,» le respondí.—Dionisio me manda, repuso el mensajero, decirte que obras mal haciendo más caso de los intereses de Dion y de sus amigos que de los suyos.—Dichas estas palabras, jamás me llamó á palacio, como si fuera ya indudable que yo era amigo de Teodoto y Heráclides y enemigo suyo. Comprendia que yo no podia tener sentimientos de benevolencia para con un hombre que habia disipado los bienes de Dion. En lo sucesivo habité fuera de la ciudadela entre los soldados mercenarios. Se me dijo por algunos criados atenienses, mis compatriotas, que se me habia calumniado con ánimo de malquistarme con los peltastos, y que algunos decian que me matarian si me encontraban. Entónces imaginé un medio de salvarme. Hice que conocieran mi posicion Arquitas y otros amigos de Tarento, y les dí á conocer mi situacion. Estos, con pretexto de una embajada, me enviaron una nave de treinta remos, en la que venia Lamisco. A su llegada, Lamisco intercedió con Dionisio para que me dejara marchar, asegurándole que no era otro mi deseo. Dionisio consintió en ello, y mandó darme el dinero necesario para mi viaje. En cuanto á los bienes de Dion, nada pedí y nada se me dió.

Cuando llegué á Olimpia, en el Peloponeso, encontré á Dion entre los espectadores de los juegos, y le referí todo lo ocurrido. Dion tomó á Júpiter por testigo, y nos declaró á mí, á mis amigos y á mis parientes que iba á vengar en Dionisio la hospitalidad ultrajada en mi persona (estas fueron sus palabras y su pensamiento) como igualmente las injusticias que él mismo habia sufrido y su destierro. Al oir esto, yo le dije: «Llama en tu auxilio á los amigos, si quieres; pues en cuanto á mí, tú me forzaste en cierta manera á ser partícipe de la mesa, de la estancia y de los sacrificios de Dionisio, y bien que haya

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

dado crédito á los que me acusaban de conspirar contigo contra su persona y su tiranía, respetó, sin embargo, mi vida, ya lo sabeis. Yo no estoy en edad de empuñar las armas, ni de asociarme á ninguna guerra. Reservo mis servicios para cuando la virtud os aproxime y os inspire el propósito de renovar nuestra antigua amistad. Pero en tanto que tengais el designio de apelar á la violencia, buscad otros auxiliares.»

Así hablé bajo el amargo recuerdo de mis viajes y de mis infortunios en Sicilia. No pude persuadir á Dion y á los suyos, y su obcecacion fué la causa de todas las desgracias que han sobrevenido; desgracias que no habrian tenido lugar, en cuanto puede decirse de los negocios humanos, si Dionisio hubiera devuelto á Dion su fortuna, ó más bien, si se hubiera reconciliado con él, porque entónces habria yo podido fácilmente con mis consejos y mi autoridad contener á Dion. Pero, al marchar uno contra otro con las armas en la mano, no han hecho sino engendrar toda clase de males. Sin embargo, las intenciones de Dion eran de aquellas que podia aprobar yo mismo, es decir, todo hombre sensato y de juicio. Si queria el poder para él, para sus amigos y para su patria, era porque pensaba que no es posible ser útil sin el poder y los honores, y sólo los grandes pueden hacer grandes cosas. No es como el hombre, que, pobre, incapaz de gobernarse á sí mismo y esclavo del placer, sólo trata de enriquecerse, engañar á sus amigos y al Estado, tramar conspiraciones, degollar los ricos acusándoles de traicion, quitarles sus bienes é invitar á sus compañeros y cómplices á imitarle, para evitar que uno solo de ellos pueda echarle en cara su miseria. Es preciso decir otro tanto del que no sabe atraerse la estimacion de sus conciudadanos por otros medios que por decretos, en que se manda distribuir entre el populacho los bienes de los ricos, ó que, dueño de una ciudad poderosa á que están sometidas otras ciudades,

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

despoja injustamente las más pequeñas para enriquecer á la capital. Ni Dion, ni ninguno de sus amigos han querido un poder eternamente funesto para sí mismos y para la nacion, sino que sólo aspiraban á obtener una constitucion política y leyes justas y buenas, sin comprar este beneficio con la muerte ni con el destierro de un solo hombre.

Ahí teneis cómo se condujo Dion; prefiriendo mil veces sufrir la injusticia que cometerla, y esforzándose sin embargo por librarse de ella, sucumbió en el momento en que iba á triunfar de sus enemigos, sin que pueda sorprender este resultado. ¿Qué puede prometerse el hombre virtuoso, sabio y prudente en medio de malvados? ¿Cómo podia estar libre de lo que puede suceder al más entendido piloto, que si bien preve la tempestad próxima, nunca puede prever el furor extraordinario de los vientos desencadenados de repente que le hacen víctima de su violencia? Así es como Dion ha sucumbido bajo el esfuerzo de unos pocos. No ignoraba la maldad de los que han causado su ruina, pero que la llevasen al colmo de la insensatez, de la malicia y de la barbárie, esto lo ignoraba; y hé aquí lo que le ha perdido, y lo que ha llenado á la Sicilia de inmenso duelo.

Ahora ya sabeis los consejos que debo daros, y nada tengo que añadir á lo que llevo dicho. Me pareció que debia explicaros los motivos que me obligaron á hacer mi segundo viaje á Sicilia á causa de los ruidosos y extraordinarios sucesos que posteriormente han tenido lugar. Si mis explicaciones os parecen razonables y si aprobais los motivos que han sido orígen de mi conducta, creeré no haberme excedido en esta dilatada carta y haberme suficientemente justificado.

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

CARTA VIII.

PLATON Á LOS PARIENTES Y AMIGOS DE DION, SABIDURÍA.

¿Cómo podreis adquirir esta sabiduría? Voy á hacer los esfuerzos posibles para explicároslo. Me prometo dar consejos que no aprovecharán sólo á vosotros, aunque os interesen más particularmente, sino tambien á todos los siracusanos y á vuestros adversarios y vuestros enemigos, sin más excepcion que los que hayan incurrido en el crímen de impiedad; porque este es un mal que no tiene remedio y para el cual no hay expiacion suficiente. Prestadme vuestra atencion.

Desde que ha desaparecido la tiranía en Sicilia, todas son luchas y disensiones, queriendo unos restablecer en su provecho la antigua autoridad, y queriendo otros acabar para siempre con la tiranía. No hay un consejo más aceptable para la multitud que el siguiente: causar el mayor mal posible á los enemigos y el mayor bien posible á los amigos. Pero si alguna cosa hay imposible, es hacer mucho mal á otros sin experimentarlo el mismo que lo hace. No es preciso ir muy léjos para probar la verdad de esta proposicion. Basta considerar lo que pasa aquí: los unos intentando empresas y los otros haciendo esfuerzos para vengarse de aquellas. Vuestra historia es una enseñanza para los demás pueblos. Todo el mundo está en este punto de acuerdo. El bien comun de los amigos y de los enemigos ó el menor mal de los unos y de los otros, hé aquí lo que es difícil descubrir, y cuando se ha descubierto realizar. Mis consejos y mis explicaciones serán como súplicas hechas al cielo; sí, súplicas en favor de todos vosotros; porque, sea que hablemos ó pensemos,

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

en todas las cosas debemos siempre comenzar por los dioses, y mis votos se verian cumplidos, si consiguiese mostraros el camino que conduce á un objeto tan ansiado.

Vosotros y vuestros enemigos, desde que la guerra se enardeció, no habeis cesado de obedecer á una familia que vuestros padres en otro tiempo encumbraron por encima de todos en circunstancias extremadamente graves, en el acto mismo en que la parte de la Sicilia, que pertenece á los griegos, devastada por los cartagineses, estaba en peligro de ser presa de los bárbaros y hacerse tan bárbara como ellos. Entónces eligieron á Dionisio, jóven y hábil guerrero, para dirigir la guerra, y al anciano Hiparino por consejero, revistiendo á ambos con el soberano poder para proveer á la salvacion de la Sicilia, y les dieron el nombre de tiranos. Sea consecuencia de una fortuna divina y del favor de un dios, sea debido al mérito de tales jefes ó á ambas cosas reunidas, ó sea la que quiera la causa, con el concurso de los sicilianos de entónces la Sicilia se salvó. De esta manera vuestros antepasados obtuvieron su salvacion. Era natural que el pueblo se mostrara justo con sus libertadores. Si posteriormente la tiranía ha sido culpable para con el Estado, ya ha recibido su castigo y lo recibirá aún; pero en las presentes circunstancias ¿en qué consiste un justo castigo? Si estuvierais vosotros en posicion de libraros de ella sin peligros ni desgracias, ó si pudiese la tiranía volver al poder sin sacudimientos, me guardaria bien de aconsejaros lo que voy á decir; pero recordad ahora cuántas veces unos y otros (los amigos de la libertad y los partidarios de la tiranía) habeis creido que una pequeñísima cosa impedia la seguridad de vuestro triunfo, siendo esta cosa la causa de inmensas é innumerables desgracias. Y así vuestros males no tienen nunca término, porque lo que parece ser el término es el principio de otros nuevos, y es como un círculo en el que alternativamente se exponen á

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

perecer el partido tiránico y el partido democrático; y llegará dia, que será funesto, en que la Sicilia entera será como un desierto, donde no se oirán ya las voces de los griegos, y pasará bajo el dominio de los fenicios ó de los ópicos (1). Todos los griegos tienen el deber de buscar un remedio que corte este mal. Si alguno sabe de uno mejor que el que yo voy á decir, que lo dé á conocer, y será llamado con razon el amigo de la Grecia. En cuanto al que yo tengo en mi mente, trataré de exponéroslo con entera libertad y con el lenguaje de la justicia y del buen sentido. Hablaré á manera de un árbitro, dirigiéndome á los que ejercen y á los que sufren la tiranía, y repetiré á cada uno de los dos partidos mis consejos, que no son nuevos.

Ante todo, á los partidarios de la tiranía les requiero para que renuncien á la palabra y á la cosa, reemplazándolas, si es posible, con el reinado. Esto es posible, como lo ha hecho ver un hombre sabio y virtuoso, Licurgo; el cual viendo que sus parientes de Argos y de Mesene, al trasformar el reinado en tiranía, habian causado á la vez su ruina y la de su país, y temiendo una desgracia semejante para su patria y su familia, aplicó un remedio á estas calamidades, creando un Senado y la magistratura de los éforos, salvaguardia del reinado. Así es como aseguró con gloria el bienestar de una multitud de generaciones, gracias á su gobierno, en el que la ley es la que rige á los hombres, no los hombres los que tiranizan á la ley. Lo que aconsejo en primer término á los que aspiran á la tiranía es que eviten, que huyan resueltamente de ese sueño de felicidad de los hombres ávidos é insensatos, y que se esfuercen en reemplazarla por el reinado, sometiéndose dócilmente á las leyes reales. Se honrarán extremada-

(1) Ópicos ú Oscos, una de las más antiguas poblaciones de Italia que se creian aborígenes.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

mente á sí mismos, mandando á hombres libres y obedeciendo á las leyes.

Digo igualmente á los amigos de la libertad, que huyan de la servidumbre como de un azote; que cuiden de que la pasion inmoderada de una libertad sin freno no los haga caer en la enfermedad de vuestros antepasados, resultado funesto de la anarquía á que los habia reducido su insaciable amor á la libertad. Antes del reinado de Dionisio é Hiparinos los sicilianos creian haber alcanzado el colmo de la felicidad, porque vivian en la molicie y gobernaban á sus mismos gobernadores. Entónces fué cuando depusieron y desterraron á los que mandaban ántes de Dionisio, sin haber juzgado ni á uno sólo segun las leyes, para no obedecer á nadie ni reconocer la autoridad de la justicia ni la de la ley y por disfrutar una libertad absoluta. Este fué el orígen de las tiranías. La obediencia y la libertad, si son excesivas, son el orígen de todos los males; si moderadas, son el orígen de todos los bienes. La obediencia es justa cuando se trata de Dios, y es excesiva cuando se trata de los hombres. Dios es para los sabios la ley; para los insensatos es el placer.

Hé aquí lo que aconsejo á todos los siracusanos, y suplico á los amigos de Dion, que les trasmitan mis consejos que merecian la aprobacion de éste. Voy á repetiros lo que me ha dicho para vosotros, cuando todavía respiraba y tenia fuerza para hablar. ¿Cuáles son estos consejos de Dion sobre la situacion actual de los negocios? Los siguientes:

«Siracusanos, escoged desde luego leyes que no os con»duzcan á desear riquezas y placeres; y puesto que hay »tres cosas que considerar en el mundo, el alma, el cuerpo »y el dinero, honrad ante todo el alma, despues el cuerpo, »cuya salud da fuerza al alma, y dad el tercer lugar al »dinero, que sólo debe estar al servicio del alma y del »cuerpo. Una ley, que procediera en vista de esto, seria

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

»necesariamente una buena ley y haria dichosos á los que »ella rigiera; pero llamar dichosos á los que son ricos es »emplear un lenguaje insensato y miserable, que sólo cua»dra en boca de mujeres y niños y en los que son seme»jantes á estos. Si intentais poner en práctica los consejos »que os doy sobre las leyes, la experiencia justificará la »verdad de mis palabras; la experiencia, que es en todas »las cosas la piedra de toque. Cuando hayais dado estas »leyes, como la Sicilia está en una situacion crítica, y »ninguno de los dos partidos que la dividen parece tener »ventaja sobre el otro, será quizá conveniente y justo to»mar un término medio entre vosotros, es decir, entre »los que temeis el azote de la servidumbre y los que de»sean con ardor la tiranía. Los antepasados de estos úl»timos libraron á los griegos de ser presa de los bárbaros, »lo cual es ya un inmenso beneficio, y si estais delibe»rando sobre la eleccion de un gobierno, á ellos es á »quienes se lo debeis, porque si no hubieran salido victo»riosos contra los bárbaros, no tendriamos nada que dis»cutir ni que esperar. Por lo tanto, que los unos gocen de »libertad bajo un régimen monárquico, y que los otros »tengan en sus manos el poder real responsable, en el que »las leyes puedan reprimir igualmente á los simples ciu»dadanos que á los mismos reyes si llegaran á infringirlas.

»Despues de esto, animados de un espíritu sincero y »sabio y contando con el auxilio de los dioses, proceded »á la eleccion de los tres reyes. Escoged por lo pronto á »mi hijo, que tiene un doble título á vuestro reconoci»miento por mí y por mi padre, porque el uno ha librado »al Estado de los bárbaros, y yo lo he salvado dos veces »de la tiranía, y si no que lo digan vuestros propios re»cuerdos. Escoged para segundo rey á aquel que lleva el »mismo nombre que mi padre, el hijo de Dionisio, en re»compensa de sus beneficios y de su justicia. Nacido de »un tirano, ha dado voluntariamente la libertad á su pa-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

»tria y ha alcanzado para sí y los suyos una gloria in»mortal en vez de un poder efímero é injusto. En fin, de»beis llamar como tercer rey de Siracusa, prévio su con»sentimiento y el del pueblo, al jefe actual del ejército »enemigo, Dionisio, hijo de Dionisio, si consiente en »aceptar el reinado por temor á los reveses de la fortuna, »por compasion hácia su patria, por el abandono de los »altares, por las tumbas de sus padres, y para que nues»tras discordias no llenen de alegría á los bárbaros, cau»sando la ruina de nuestro país.

»Pero ya concedais á estos tres reyes una autoridad »igual que la de los reyes de Lacedemonia, ó ya la cer»ceneis, es preciso elegirles de comun acuerdo, como os »he dicho, y como creo deber repetíroslo aún. Si las fa»milias de Dionisio y de Hiporino, para salvar la Sicilia »y poner término á las desgracias que la despedazan, »aceptan la dignidad real para el presente y para el por»venir, es preciso fijar las condiciones de que ya hemos »hablado, y para terminar la paz, nombrar los diputados »que quieran, sea entre los extranjeros, sea entre los ha»bitantes ó entre unos y otros, tantos como estimen con»veniente. Una vez reunidos estos diputados, comenzarán »por redactar las leyes y establecer un gobierno, en el »que será conveniente que los reyes dirijan las cosas sa»gradas y todas aquellas cuya direccion debe encomen»dar el Estado á sus antiguos bienhechores. Escogerán »treinta y cinco guardadores de las leyes, que tendrán el »derecho de hacer la paz y declarar la guerra en union del »pueblo y del Senado. Las diferentes clases de delitos serán »justiciables ante diferentes tribunales; pero las penas de »muerte y de destierro no podrán imponerse sino por los »treinta y cinco, á los que se unirán otros jueces escogi»dos entre los magistrados que últimamente han cesado »en sus funciones, tomando de cada clase el más estimado »y el más justo; y todos estos serán los que pronunciarán

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

»durante un año las condenaciones á muerte, á destierro »y á prision. El rey no tomará parte en estos juicios, por- »que no debe profanar la dignidad sacerdotal de que »está revestido, concurriendo á las sentencias de muerte, »de prision y de destierro.

»Hé aquí las instituciones que he deseado para mi país »durante mi vida, y que ahora mismo deseo. Y si las »furias hospitalarias (1) no me hubiesen impedido triun- »far de mis enemigos, habria puesto en ejecucion mi pen- »samiento, y despues, por poco que la fortuna hubiese se- »cundado mis votos, hubiera poblado el resto de la Sicilia »de colonias griegas, arrojando los bárbaros de las tier- »ras que ocupan en la actualidad, excepto aquellos que »han combatido contra los tiranos en defensa de la liber- »tad comun, y hubiera traido á los griegos, que habitaban »en otro tiempo cierto territorio, á los parajes mismos »donde habian vivido sus padres.

»Este es el plan que os aconsejo mediteis, y luego pon- »gais en ejecucion. Haced un llamamiento para que todo »el mundo concurra á la obra; y sí alguno se niega, mi- »radle como un enemigo público. El logro de esta em- »presa no es imposible, porque lo que quieren á la vez »dos almas y lo que se presenta á primer golpe á hombres »consagrados á la indagacion del bien, seria preciso »haber perdido la razon para suponerlo imposible. Estas »dos almas son las de Hiporino, hijo de Dionisio, y la de »mi propio hijo. Una vez puestos los dos de acuerdo, no »veo cómo los siracusanos, que amen verdaderamente á »su país, puedan dividirse. Llevad vuestras ofrendas y »vuestras súplicas á los altares de todos los dioses y de »todos aquellos que son dignos de participar con ellos de »vuestros homenajes; dirigios despues á vuestros conciu-

(1) Alusion al asesinato de Dion por dos hombres que eran sus huéspedes. *(Cousin.)*

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

»dadanos de todos los partidos sin ninguna diferencia y »con igual dulzura; y por último, no os detengais hasta »no haber ejecutado y cumplido enteramente con valor y »perseverancia los consejos que acabo de daros, y seme»jantes á los sueños divinos inspirados durante la vigilia, »se vean trasformados por vosotros en hechos patentes y »completamente realizados por medio de saludables y di»chosas instituciones.»

CARTA IX.

PLATON Á ARQUITAS DE TARENTO, SABIDURÍA.

Arquipo y Filonides han venido aquí, y nos han traido las cartas que les encomendaste, dándonos razon de tu persona. No han tenido inconveniente en llevar á buen término el negocio que tenian que tratar con el Estado, porque tampoco ofrecia dificultad. Con respecto á tí, nos han dicho lo disgustado que estás por no poderte librar de los cargos públicos y disfrutar de algun descanso. ¡Cuán dulce es consagrar su vida á sus propias ocupaciones, sobre todo cuando se acogen estas libremente como has hecho tú, como todos saben! Pero es preciso que reflexiones, que ningun hombre ha nacido para sí solo; que una porcion de nuestra vida pertenece á la patria, otra á nuestros parientes, otra á nuestros amigos, y que es preciso, en fin, tener en cuenta las circunstancias. Cuando la patria nos llama en nombre del interés público, no es permitido desentenderse de este llamamiento. ¿Qué sucederia en otro caso? Que se dejaria el campo libre á los intrigantes que aspiran al poder, sin tener en cuenta ni el bien ni el honor. Basta sobre este punto. En cuanto á Hequecrates no le pierdo de vista ni le perderé en lo sucesivo por tí, por su padre Frinion y por el mismo jóven.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

CARTA X.

PLATON Á ATISTODORO, SABIDURÍA.

Me consta, que tú eres actualmente muy amigo de Dion, que lo has sido siempre, y que arreglas sábiamente tu conducta á los preceptos de la filosofía. Principios sólidos, firmes é intachables, hé aquí lo que yo llamo verdadera filosofía. En cuanto á las demás artes que tienden á otro objeto, mi dictámen es que el nombre que mejor las conviene es el de lujo y vana elegancia. Consérvate bueno, y persevera en la conducta que observas en la actualidad.

CARTA XI.

PLATON Á LAODAMAS, SABIDURÍA.

Ya te he dicho en otra carta cuán urgente es que vengas á Atenas para discutir los negocios de que me hablas. Me respondes que este viaje es imposible, y que en este supuesto lo mejor seria que fuera yo mismo ó enviara á Sócrates. Pero en este momento Sócrates está malo de una estangurria; y en cuanto á mí, si fuese allá sin contar salir bien en el negocio que motiva tu llamamiento, seria para mí una vergüenza, porque á la verdad tengo poca fe en el buen éxito. ¿Por qué razones? Seria preciso escribir una larga carta para explicarlas. Añade, que por mi edad no cuento con una salud robusta para emprender largos viajes y arrostrar los peligros de mar y tierra;

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

porque hoy en los caminos todo se vuelven peligros. Pero nada me impide darte á tí y á los fundadores de colonias, consejos, que en mi boca, segun la palabra de Hesiodo, podrán parecerte de poco valor, si bien no es fácil darlos sino despues de largas meditaciones.

Si se cree que basta formar leyes para establecer con firmeza un Estado, sin crear un poder encargado de vigilar constantemente las costumbres y la conducta de los ciudadanos, y educar en la sabiduría y en la templanza lo mismo á los esclavos que á los hombres libres, se incurre en un error. Por lo tanto, si entre vosotros hay ciudadanos dignos de ejercer esta magistratura, comenzad por establecerla. Pero si teneis necesidad de alguno, que os enseñe en primer lugar la virtud, tengo mis temores de que entre vosotros no se encuentre ni maestro, ni discípulos, y que no os quede otro recurso que llamar á los dioses en vuestro auxilio y dirigirles vuestras súplicas. Los demás Estados han tenido desde el principio instituciones muy análogas á las vuestras, y sólo con el trascurso del tiempo es como han llegado á una forma mejor, cuando en medio de graves acontecimientes, ya durante la guerra, ya durante la paz, un hombre de bien, arrastrado por las circunstancias, ha parecido revestido de una gran autoridad. Teniendo espera, tu deber es cobrar ánimo, meditar lo que te digo, y no arrojarte locamente á una empresa, cuyas dificultades no has podido prever.

Sé feliz.

CARTA XII.

PLATON Á ARQUITAS DE TARENTO, SABIDURÍA.

Las obras que nos has enviado nos han sido en extremo agradables, y ha ganado mi aprecio su autor, digno, á mi juicio, de sus antiguos abuelos; porque se dice que

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

era uno de los diez mil guerreros que, bajo Laomedonte, abandonaron á Troya y emigraron, segun cuenta la tradicion. En cuanto á las obras mias que reclamas, no están aún tan acabadas como yo deseo; sin embargo, te las envio en el estado que se encuentran. Ambos sabemos con qué cuidado es preciso guardarlas, y así no tengo necesidad de hacerte ninguna advertencia sobre este punto. Pásalo bien.

CARTA XIII.

PLATON Á DIONISIO DE SIRACUSA, SABIDURÍA.

El principio de esta carta te hará conocer desde luego que es mia. Un dia que hablabas con los jóvenes locrios y estabas sentado distante de mí, te levantaste y viniste á decirme con cierta amabilidad una palabra que me agradó mucho, así como agradó al jóven que estaba sentado á mi lado. Habiéndote dicho éste: «Verdaderamente, Dionisio, Platon te presta grandes servicios para tu instruccion» tú respondiste: «y me presta otros muchos, y así, apénas le invité para este festin, se apresuró á complacerme.» Perseveremos por favor en estas buenas relaciones, para que nos seamos más y más útiles recíprocamente.

Con este designio te envio un hombre versado en la doctrina pitagórica, y del cual tú y Arquitas, si Arquitas se encuentra en tu córte, podreis sacar un buen partido. Se llama Helicon. Es natural de Cizica, discípulo de Eudoxio, cuyas opiniones tiene en la punta de los dedos. Además ha recibido lecciones de uno de los discípulos de Sócrates, así como de Polixenes, uno de los amigos de Brison. Añade, cosa muy rara, que no le falta gracia,

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

que no hay en él rudeza, y que, si por algo peca, es por un acceso de abandono y naturalidad. Dudo hablar de esta manera, porque el hombre me parece un animal, no malo, pero sí mudable, excepto unos pocos y sobre un pequeño número de cosas. Lleno de estos temores y de una justa desconfianza, he examinado el personaje mismo y he pedido informes á sus conciudadanos, y todos están conformes en reconocer su mérito. Examínale á tu vez con circunspeccion. Pero, sobre todo, si tienes tiempo, escucha sus lecciones y hazte filósofo. En el caso contrario, no te desentiendas de sus conversaciones, para que reflexionando en seguida, cuando el tiempo te lo permita, te hagas mejor y más digno de estimacion. Así es como no cesarás de sacar de mí alguna utilidad. Pero basta sobre este punto lo dicho.

Con respecto á los objetos que, segun tu carta, quieres que te remita, he comprado, y Leptimo te remitirá, un Apolo, hecho por un jóven y excelente estatuario, que se llama Leocares. He comprado otra estátua del mismo, que es muy preciosa á mi parecer. Quisiera hacer con ella un presente á tu esposa, que me ha prodigado, lo mismo cuando estaba sano que cuando estaba enfermo, cuidados dignos de tí y de mí. Ofrécesela, si no lo llevas á mal. Envio igualmente para tus hijos doce cántaros de vino dulce y dos de miel. Con respecto á los higos, cuando llegué, estaban ya recogidos y pasados, sin poderse utilizar. Para otra vez procuraré recogerlos en tiempo más oportuno. En punto á árboles, Leptimo te dará explicaciones.

El dinero necesario para la compra de estos objetos y derechos de entrada en la ciudad se lo he pedido á Leptimo, haciéndole ver, como era muy conveniente y muy justo, que he gastado de lo mio para la nave de Leucadia diez y seis minas. Una vez que lo hube pedido y recibido, lo he gastado en parte para mí y en parte para pagar lo que te he enviado. Y puesto que se trata de intereses, es preciso

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

que sepas cómo manejaré los tuyos y los mios en Atenas. Dispondré de tu dinero, segun te dije, como acostumbro á hacer con el de los amigos, que es emplearlo con la más estricta economía en cosas necesarias, justas y convenientes á mí y á la persona que de mí hace confianza. En cuanto al estado de mis propios negocios, es el siguiente. Tengo cuatro sobrinas muy jóvenes que han perdido sus madres en la época que rehusé la corona que me ofreciste; son cuatro, una en edad nubil, otra de ocho años, otra de poco más de tres años, y la última de un año justo. Necesito dotar á las que se casen viviendo yo; en cuanto á las demás ya no es cosa mia. Aquellas, cuyos padres habrán de ser más ricos que yo, no las dotaré; mas al presente mis recursos son superiores á los suyos. Ya habia dotado á sus madres con el concurso de los amigos y de Dion. Una de estas jóvenes se casa con Espensipe, hermano de su madre. A ésta la bastan treinta minas, y para nosotros es una dote proporcionada. Además cuando mi madre muera, no necesitaré más de diez minas para levantarla un sepulcro. Hé aquí en las actuales circunstancias mis únicos gastos necesarios. Si ocurre algun otro, sea público, sea privado, en mi viaje para ir á tu lado, segun nuestro convenio, los escatimaré todo lo posible; pero serán de tu cargo. En cuanto á los gastos que tengas que hacer en Atenas para un coro ó cosas semejantes, debo advertirte, que no tienes aquí, como creiamos, ni un solo amigo que esté dispuesto á adelantarte el dinero. Tendrás que reintegrar inmediatamente lo que te anticipen, pues de otra manera no cuentes con préstamos, y habria que esperar á la llegada del propio que envies con el dinero, y esto no es sólo un inconveniente, sino que es una vergüenza. He hecho la experiencia enviando á Erasto á estar con Andromedes de Egina, tu huésped, á quien debia dirigirme cuando necesitara dinero, segun me previniste, y lo hice, porque queria cumplir y en-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

viarte los encargos de consideracion que me habias hecho; pero me respondió una cosa justa y muy conforme con la naturaleza humana, diciendo que en otro tiempo habia prestado á tu padre, y que le habia costado trabajo recobrar su dinero, y que lo más que haria seria adelantar una pequeña cantidad, pero nó más. Entónces acudí á Leptimo, el cual es digno de alabanza, no sólo por haberte prestado, sino por el celo y el gusto manifestados en sus palabras y en sus acciones con que lo ha hecho, habiéndose mostrado verdaderamente amigo tuyo. Es preciso, que te entere del bien y del mal, para que conozcas las disposiciones en que me parece estar cada cual con respecto á tí. Voy á decirte francamente lo que pienso en esta materia. Es esto tanto más justo, cuanto que tengo un conocimiento perfecto de ello. Los que tienen que rendirte cuentas no se atreven á señalar los gastos por temor de que te ofendas. Hazlos entrar en caja; hostígalos á que lo mismo en esto que en todo lo demás te den cuenta de todo. Es preciso, en cuanto sea posible, que lo veas todo, que de todo seas juez, y que no esquives el conocimiento de todos. Es el primer deber de todo hombre que ejerce mando. No ignoras, y convendrás siempre en esto, que importa á la buena administracion de tus bienes y de tus intereses, que los gastos se justifiquen y los pagos sean religiosamente satisfechos. Que no puedan calumniarte ante el público aquellos que se dicen ser tus amigos; porque esto ni es justo ni decoroso, y no puede ménos de hacer daño á tu reputacion.

Ahora es preciso hablar de Dion. Antes de tu respuesta no puedo decir nada sobre los demás puntos, y respecto á los que me prohibiste comunicarle, nada absolutamente le he dicho, ni le he hecho la menor indicacion. Le he sondeado sólo para saber si los veria realizarse con sentimiento ó con placer, y me ha parecido que le ofenderian vivamente. Sobre todos los demás puntos me pa-

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

rece presentarse moderado respecto á tí en sus palabras y en sus acciones.

A Cratino, hermano de Timoteo y amigo mio, le daremos una coraza de las que lleva nuestra infantería pesada, que es tan preciosa, y á las hijas de Cebes tres túnicas de siete codos, no de las magníficas telas de Amorgines, sino de los modestos tejidos de Sicilia. Probablemente conoces de nombre á Cebes. Figura en los diálogos socráticos; discute con Sinmias contra Sócrates en el diálogo sobre el alma. Es nuestro comun amigo y es un hombre excelente.

En cuanto al signo que distingue mis cartas sérias de las que no lo son, supongo que no lo habrás olvidado; sin embargo, no dejes de recordarlo y poner en él tu atencion. Muchos quieren á la fuerza que les escriba, y no es fácil sustraerse á sus importunas exigencias. Mis cartas sérias comienzan por Dios; y las que no lo son, por los dioses (1).

Los embajadores me instaron á que te escribiera, y con razon. Demuestran gran celo en alabarnos á tí y á mí, y más que todos Filagro que en este momento tiene la mano mala. Filebes, que acaba de venir de la córte del gran rey, me ha hablado igualmente de tí. Si mi carta no fuese ya demasiado larga, te referiria sus discursos, pero Leptimo te los referirá.

La coraza y los otros objetos que te suplico me envies, confialos á quien tú quieras, y si no tienes á nadie, dáselos á Terilo. No cesa de hacer la travesía; es uno de mis amigos, que sobresale en muchas artes y sobre todo en la filosofía. Es el yerno de Tison que en el momento de mi partida dirigia la policía de la ciudad.

---

(1) Distincion tan frívola como poco fundada, segun la observacion de Cousin, puesto que ninguna de las cartas precedentes, ni ésta, comienzan ni por Dios ni por los hombres.

Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872

Pásalo bien, cultiva la filosofía; excita á los jóvenes á que se consagren á ella; saluda en mi nombre á nuestros compañeros de juego; recomienda á Aristócrito y á los demás, que cuando llegue alguna carta ó escrito mio, te lo digan luego, y te recuerden, para que no las olvides, las cosas que yo te pida. Tampoco dilates volver á Leptimo el dinero que nos ha anticipado, para que con este ejemplo duden ménos los demás en servirnos.

Latroclo, á quien doy la libertad juntamente con Mirónides, va á embarcarse con todos los encargos que te envio. Tómale á tu servicio, pues por su parte tiene buenos deseos, y empléale como te parezca. ¿Se ha conservado la carta misma ó una copia de la carta? Haz por saberlo.

FIN DE LAS CARTAS.

φñ Platón, Obras completas, edición de Patricio de Azcárate, y tomo 11, Madrid 1872